

**LA INFORMACION ECONOMICA
EN LA
PRENSA INTERNACIONAL**

INDICE

	Pág.
¿En qué momento deben modificarse los tipos de interés para hacer frente a la inflación?	163
Tipos de interés: una subida a tiempo puede evitar ciento	165
Cuándo debe preocupar la inflación	166
Los bancos centrales y el paro	168
El verano acaba con malas noticias en Europa.	170
Buenos vientos (relativamente) para la Unión Monetaria.	172
El "núcleo central" para Europa es una buena idea.	174
El documento de los cristiano-demócratas alemanes sobre la Unión Europea.	176
Las diferencias entre Gran Bretaña y sus consocios comunitarios se acentúan tras el documento del CDU.	179
El ejemplo de Irlanda.	181
¿Trabajos de interés general para los parados? Una cuestión moral y de principio.	183
¿Subvenciones al empleo?	185
Recordando a Hayek: el colectivismo todavía conduce a la servidumbre.	187
Victorias japonesas en la guerra comercial con Estados Unidos.	189
La promoción de los estudios de economía en Rusia.	191
Polvareda en torno a la Europa de las dos velocidades	193
Ultimas noticias sobre la recuperación alemana.	201

¿En qué momento deben modificarse los tipos de interés para hacer frente a la inflación?

"The Economist"

Primero en Estados Unidos y ahora en Gran Bretaña las autoridades han procedido a elevar los tipos de interés a pesar de que la inflación sigue siendo baja. ¿Desean acaso que la tasa de ésta sea cero? Dicen que no. El objetivo declarado es evitar que la inflación suba. Las alteraciones de la política monetaria no producen resultados completos más que después de cierto tiempo. Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal, ha dicho que eso ocurre después de 18 meses, en Norteamérica. El Banco de Inglaterra parece creer que tal espacio de tiempo es de 2 años en Gran Bretaña. Todo ello significa que la política del tipo de interés debe basarse en previsiones de la inflación calculadas con dos años de anticipación.

El caso es que según David Shaw, director de estrategia inversora de la firma Legal and General Investment Management, dicho espacio de tiempo puede ser incluso superior, en el Reino Unido. Sus trabajos de investigación muestran que han de pasar, como promedio, dos años y medio para que la inflación responda a una modificación de los tipos. En ocasiones puede ser menor, pero a veces llega a los tres años.

Unos espacios de tiempo tan largos y tan variables entre las alteraciones de la política monetaria y la apreciación de los resultados de las mismas ponen de relieve el poco sentido que tiene cualquier intento de ajustar la economía ante cada modificación o cambio de las estadísticas económicas. También explican por qué la política monetaria ha funcionado mal en el pasado, cuando las autoridades no empezaban a subir los tipos de interés hasta que la inflación había iniciado un incremento evidente. Para evitar que la inflación aumente, las autoridades necesitan de algún indicador que avise con cierto adelanto cuáles van a ser los movimientos de los precios.

David Shaw ha analizado alguno de los indicadores utilizados ya por el Banco de Inglaterra y por el Tesoro:

- **Oferta monetaria.** Los monetaristas solían creer que el crecimiento de la oferta monetaria constituía el único barómetro fiable de la inflación. A lo largo de la pesada década, sin embargo, las diferentes medidas de la oferta monetaria han dado señalado repetidamente confusas. Tanto es ello así que la mayoría de los bancos centrales han perdido en buena parte la fe en los datos monetarios. El análisis de Shaw confirma, por ejemplo, que, a principios de los años 80, el crecimiento de MO (principalmente billetes y moneda fraccionaria) fue muy rápido, pero que esto no constituyó más que una falsa alarma sobre el futuro de la inflación.

- **Datos sobre la evolución de las empresas.** Cada mes, la Confederación de la Industria Británica realiza una encuesta entre las firmas agrupadas preguntándoles si esperan un aumento de sus precios en los meses siguientes. Este es un indicador de escaso valor. Se anticipa a la inflación sólo en un año, como promedio -demasiado corto a efectos de la política monetaria a seguir- y, por otra parte, la experiencia enseña que ha dejado de señalar cambios coyunturales importantes.

- **Mercados financieros.** Los mercados de activos ("asset markets") proporcionan desde luego una guía de las expectativas inflacionistas. Gran Bretaña es uno de los pocos países en los que el gobierno emite bonos indicados ("index-linked"). Si el rendimiento de éstos se sustrae del rendimiento de los bonos del Estado convencionales, la operación proporciona una medida útil de las expectativas inflacionistas de los inversores. Ocurre, sin embargo, que éstos se equivocan con frecuencia. Más que un indicador anticipado -dice Shaw- la inflación esperada aparece, normalmente, al mismo tiempo que la inflación real. Esto es todo lo que se puede decir de la supuesta visión del mercado. En 1992, cuando la libra abandonó el mecanismo de cambios europeo, las expectativas inflacionistas de los inversores subieron del 4 a casi el 5,5 por ciento. Sólo cuando la inflación siguió bajando se redujeron tales expectativas.

David Walton y Martin Brookes, de la oficina londinense de Goldman Sachs, el banco de inversión norteamericano, han examinado la relación entre la inflación en Gran Bretaña y más de 30 posibles indicadores del futuro. Su conclusión es que no hay ningún indicador individual perfecto. La validez premonitora varía según los ciclos. Todos han provocado falsas alarmas. Y, de vez en cuando, todos han dejado de detectar cambios decisivos. La solución de Goldman Sachs es combinar 11 indicadores en un índice conjunto. Como promedio, este índice ha acusado cambios importantes 20 meses antes de que se produjeran variaciones substanciales en la evolución de la inflación, pero tal promedio contiene mediciones muy diferentes, que van de los 5 a los 44 meses.

El indicador que mejor prevé la inflación, a juicio de Shaw, es la ratio precio/ganancias de las compañías no financieras incluidas en el índice de cotizaciones bursátiles FT-SE. Las acciones tienden a reflejar la posición de la política monetaria: un exceso de liquidez afecta rápidamente al precio de las acciones. Los datos disponibles señalan que la evolución de dicha ratio ha precedido a la de la inflación en tres años, como promedio (lo suficiente, pues, como para que la política monetaria pueda tenerla en cuenta), con una relación relativamente estrecha entre los máximos y los mínimos significativos. En 1979-80, sin embargo, tal ratio sólo advirtió de la inflación con dos años de anticipación. Y a principios de los 80 produjo una falsa alarma.

El indicador de Goldman Sachs y la ratio precio/ganancias de David Shaw han estado subiendo durante unos tres años. El mensaje es que se ha de producir una activación de la inflación en Gran Bretaña, razón por la cual se había de proceder hace ya algún tiempo a una subida de los tipos de interés. Un análisis similar para Estados Unidos sugiere que la Reserva Federal puede haber empezado con retraso la elevación de los tipos.

Los indicadores que avisan anticipadamente los cambios que se han de producir no constituyen una ciencia precisa, dado los largos y variables espacios de tiempo con que han de operar. Ahora bien, por lo que a la lucha contra la inflación se refiere, todavía es mejor estar groseramente acertados que exactamente equivocados, que es lo que, casi con seguridad, estarían las autoridades monetarias que esperaran disponer de pruebas irrefutables de la existencia de la inflación para proceder a la adopción de las medidas que han de combatirla.

Tipos de interés: una subida a tiempo puede evitar ciento.⁽¹⁾

("Financial Times", editorial de 20/21 de Agosto)

Esta semana se ha hecho más evidente aún que el curso de los tipos de interés a corto plazo está cambiando de signo. Esta es una muy buena noticia, principalmente porque significa que la recuperación es un hecho cierto. Por otra parte, dado que existe también una fuerte tendencia antiinflacionista, se ha de esperar que el aumento de los tipos no sea particularmente agudo. Este podría ser, en definitiva, el principio de una etapa de expansión global sostenida sin precedentes.

La iniciativa, como es habitual, corresponde a Estados Unidos. La decisión que acaba de adoptar la Reserva Federal de elevar los tipos a corto en medio punto porcentual debe interpretarse como una acción preventiva. Se esperaba tal aumento, pero no su magnitud. Alan Greenspan y sus colegas han debido pensar que si el mercado de bonos no había reaccionado según lo deseado ante los más pequeños aumentos de los tipos llevados a cabo con anterioridad, sí iba a hacerlo ante una dosis más enérgica. Con los tipos actuales debería poderse estar tranquilo durante bastante tiempo.

En el Reino Unido, la cuestión, ahora, dada la reactivación en curso, es cuándo subirán los tipos a corto. Esto debería ocurrir en el curso de este año, a pesar de las excelentes noticias que se reciben sobre la inflación.

Si los tipos han de bajar en alguna parte, esa parte es Europa continental. Sin embargo, la fuerza creciente de la reactivación en esta área -demostrada en el informe de Julio de la Comisión Europea sobre la marcha de la economía- hace que las posibilidades de una reducción significativa de los tipos sean cada vez menores. El tipo de descuento alemán ha sido del 4,5 por ciento desde Mayo, y si bien esto lo sitúa aún por encima del 4 por ciento norteamericano, la verdad es que el Bundesbank, siempre cauto, carece de razones apremiantes que lo empujen a bajarlo aún más.

Entre el grupo de los Siete Grandes países industriales, ha sido Alemania, sorprendentemente, la que ha visto subir más (alrededor del 10 por ciento) su masa monetaria en los últimos 12 meses. Lo ocurrido en los otros seis varía desde la contracción monetaria que se ha producido en Francia hasta la subida del 6,6 por ciento de Italia. La relación entre crecimiento monetario e inflación no es lo suficientemente estrecha como para que se pueda deducir algo definitivo, pero no hay duda que un crecimiento tan moderado del dinero y del crédito excluye casi por completo cualquier perspectiva de aceleración de la inflación.

En los años 80, mucha gente apostó a favor de una nueva etapa inflacionista, y por esto invirtió en propiedades residenciales y comerciales. Afortunadamente se equivocó. Como resultado de esta explicable equivocación -explicable por lo que había ocurrido en los años 70- son muchos los que se hallan sumergidos aún en un mar de deudas. Son las víctimas de unas erróneas expectativas inflacionistas, de la misma forma que los que prestaron dinero en los años 70 fueron víctimas de su confianza en el dinero.

⁽¹⁾ ("A rise in time may save nine")

La resultante recuperación "sin dinero" ("moneyless") es muy positiva. Significa no sólo que la inflación debería seguir contenida, sino que los recursos se destinarán probablemente al aumento de la producción y no a ser invertidos en activos especulativos.

Una importante pregunta económica es qué otra cosa puede detener la recuperación. La subida de los precios de las materias primas parece ya cosa pasada, y ha significado más una corrección que una tendencia. Por otra parte -y siempre que el crecimiento monetario siga siendo lento y las autoridades actúen preventivamente- la corrección del mercado de bonos de este año podría dar marcha atrás. En las tres mayores economías los tipos de interés para los bonos a largo plazo se han estabilizado ya de hecho a lo largo de los tres últimos meses.

Si algo puede ir mal, y es probable que lo haga, es la política fiscal. Algunos países industriales sufren ya como consecuencia de la enorme deuda pública. Una economía mundial que disfruta de una elevada tasa de crecimiento -en especial a lo largo y ancho del mundo en vías de desarrollo- tendrá altos tipos de interés reales. Además, cuando la inflación es menor de lo que los nerviosos inversores temen, los tipos reales tienden a subir todavía más.

Ningún país industrial puede estabilizar su ratio deuda pública/PIB si no obtiene un superávit substancial en su presupuesto primario, es decir, un superávit sin los pagos por interés. Esto resulta políticamente impopular y sólo puede conseguirse mediante una combinación de unos elevados impuestos y de un control estricto del gasto. Esta es una razón adicional para pensar que la presente recuperación apenas tendrá repercusiones electorales positivas.

Pero por difícil que todo ello vaya a resultar, ahí está el premio, por el que vale la pena luchar. La economía mundial tiene probablemente ante sí la mejor oportunidad de que ha dispuesto desde los años 60 para alcanzar un crecimiento largo y sostenido. Se trata, además, de una auténtica expansión global, en el sentido de que ofrece esperanza a una proporción tan grande de la población mundial como nunca se había visto.

Cuándo debe preocupar la inflación.

(Peter Passell, en "The New York Times" - "Herald Tribune")

"Reúne latas de sardinas y cartuchos para la escopeta de caza, madre, y gasta esos billetes verdes mientras puedas". La histeria inflacionista no ha hecho aparecer todavía a angustiados ciudadanos dispuestos a asegurar su supervivencia en fases de calamidad, y las últimas informaciones sobre las alteraciones de los precios parecen indicar que no hay motivos de inquietud.

Sin embargo, como dice Van Doorn Ooms, economista jefe del Committee for Economic Development, "existe un nerviosismo generalizado que no hace más que excitarse más y más ante cualquier ambigüedad sobre la evolución de la inflación".

Lo que parece raro -a juicio de muchos economistas- es que a pesar de que la economía opera casi al límite de un crecimiento no inflacionista, las alteraciones de los precios apenas se han apreciado más que en algunas primeras materias y en unos pocos productos industriales. La hora de la verdad llegará -si es que llega- en el momento en que empiecen a moverse los salarios. "Me sorprende que ese momento se retrase tanto", dice Robert J. Gordon, de Northwestern University.

El susto del mes se produjo con el anuncio de que los precios a la producción, o al por mayor, se incrementarían en un sorprendente 0,6 por ciento en Agosto. Eso ocurría después de un aumento del 0,5 por ciento en Julio, todo lo cual significaba que la tasa anual podía situarse en las proximidades del 7 por ciento.

Un análisis más sereno revela que tales incrementos se debieron a la subida de los precios de las primeras materias, que se habían mantenido inalterados, o que bajaron, a lo largo de la última década. "Es lo clásico", observa David Hale, economista de Kemper Financial Group. "Primero son los precios de materias básicas, después los de los bienes intermedios y finalmente los de los productos acabados".

Esto no es sólo clásico, sino deseable, dice Richard Cooper, de la Universidad de Harvard. Productores de todo tipo de bienes, desde lingotes de aluminio a papel, deben obtener buenos beneficios en la fase alta del ciclo, que les compense de los márgenes anémicos o de las pérdidas de la fase baja del mismo.

Vistas las cosas así, si la demanda no continúa aumentando más deprisa que la capacidad, los precios a la producción se estabilizarán.

Por consiguiente, ¿por qué se muestra todo el mundo tan receloso? Recuerden los principiantes que los que operan con bonos están obsesionados con los índices de precios, porque la inflación presiona a la baja los precios de las obligaciones.

Si bien los incrementos cíclicos de los precios apenas preocupan a los economistas, la perspectiva de una espiral inflacionista -que se autoalimenta y que es independiente de las escaseces reales- sí es preocupante.

Según la llamada hipótesis de la tasa natural, la competencia evita normalmente que los trabajadores exijan incrementos salariales que excedan a las mejoras de la productividad. Ahora bien, si los mercados se aceleran en exceso, los productores pasan a los compradores las elevaciones de los costes. Desgraciadamente, este proceso no se autoalimenta. Una vez que el paro se sitúa por debajo de la tasa natural, el tigre de la inflación está listo para ir tras de su cola a una velocidad cada vez mayor.

Alan S. Blinder, el nuevo vicepresidente del consejo de la Reserva Federal, dijo a principios de este mes que nadie sabe realmente cuál es la tasa natural del empleo. De ahí que el banco central se haya de mover entre el riesgo de establecer las expectativas de inflación y el de aceptar un paro innecesariamente elevado.

Esta insistencia en lo que muchos economistas consideran obvio no le granjeó a Blinder el aplauso de aquellos que están acostumbrados a que los gobernadores del banco central se

refieran a la inflación como si ésta fuera un pecado mortal. Pero lo cierto es que decidir entre aquellas dos alternativas constituye la principal tarea de la Reserva Federal, una tarea cuya dificultad se irá incrementando en el curso de los próximos meses.

Como señala David Hale, antes citado, los mercados mundiales de primeras materias se irán enrareciendo, probablemente, a causa de la recuperación económica europea y de la gran expansión del este asiático. Y lo que es más importante, se puede pensar que el mundo asalariado norteamericano empezará pronto a accionar sus músculos atrofiados.

Casi todos los ciclos económicos, según parece, terminan con situaciones de escasez y con el crujir de los frenos monetarios. Si se ha de juzgar por la experiencia y por la historia -ha dicho Charles Schultze, economista de la Brookings Institution- "eso es lo que ocurrirá, una vez más".

Esto, con todo, no significa en absoluto que la inflación constituya en este momento un peligro evidente.

Los bancos centrales y el paro.

("The Economist")

Cada mes de Agosto, el Banco de la Reserva Federal de Kansas City convoca una conferencia en Jackson Hole, Wyoming. Este año, alrededor de un centenar de gobernadores, economistas y altos funcionarios de todo el mundo se concentraron en la estación de recreo de las Montañas Rocosas una semana después de que un excursionista fuera atacado por un oso. Pero tanto o más horribles fueron algunas de las exposiciones que se hicieron en la sala de reuniones.

El paro, tema de la conferencia de este año, no es, según la más reciente y generalizada opinión, tema propio de los bancos centrales, algo de lo que éstos deban sentirse responsables. Por el contrario, la política monetaria debe concentrarse exclusivamente en la contención de la inflación. Así no es de extrañar que en el seno de la conferencia se produjera una enorme sorpresa cuando Alan Blinder, el recién estrenado vicepresidente del banco de la Reserva Federal de los Estados Unidos, dijera que los bancos centrales podrían utilizar los tipos de interés para reducir el desempleo, por lo menos durante unos pocos años.

Hans Tietmeyer, presidente del Bundesbank alemán, y Donald Brash, gobernador del Banco de la Reserva de Nueva Zelanda, los dos más acérrimos enemigos de la inflación, apenas se inmutaron. "Vendan dólares", dijo un ex-ministro de Hacienda europeo resumiendo el Pensamiento de muchos economistas. Blinder había contradicho directamente a Alan Greenspan, el presidente del banco central de Estados Unidos, quien el día anterior había advertido que cualquier intento de utilizar la política monetaria para reducir el paro pondría en peligro la estabilidad a largo plazo. (La Federal Reserve Bank Act de 1978 exige que el banco central dirija su política tanto a la contención de la inflación como a la consecución del pleno empleo, pero

Greenspan ha dicho que él está a favor de unas nuevas normas que hagan de la estabilización de los precios el único objetivo del banco de la Reserva Federal).

No es que los gobernadores partidarios de concentrar la acción contra la inflación, y no contra el desempleo, sean insensibles. Intentos llevados a cabo en el pasado de utilizar la política monetaria para la creación de empleo han tenido algunos efectos positivos. Lo que ocurre es que, a largo plazo, los países que lo han hecho han terminado con una mayor inflación y con un mayor paro. La curva de Phillips -la vieja idea de que los gobiernos podrían reducir el desempleo tolerando un poco más de inflación- está muerta, o casi muerta. Lo mejor que la política monetaria puede hacer para reducir el paro es conseguir la estabilidad de los precios (el banco central de Nueva Zelanda tiene como objetivo una tasa de inflación del 0-2 por ciento), con lo que se alcanza el mejor clima para la inversión y para la creación de puestos de trabajo.

Desde luego, en la conferencia se manifestó un acuerdo generalizado entre los economistas en el sentido de que la mayor parte del aumento de la desocupación, en los países ricos, a lo largo de las pasadas décadas, no refleja una demanda insuficiente sino una subida de la "tasa natural" de desempleo, esto es, de la tasa de paro compatible con una inflación estable. El desempleo puede situarse por debajo de su tasa natural sólo al coste de una aceleración de la inflación. Incluso Blinder aceptó que la política monetaria no podía mantener un paro reducido a largo plazo.

La mayoría de las estimaciones indican que la tasa natural de paro se sitúa en Estados Unidos alrededor del 6%, sólo un poco por encima de la cifra de los años 60. Dado que la actual tasa de paro es del 6,1%, la situación sugiere que la Reserva Federal estuvo acertada al aumentar los tipos de interés, la pasada primavera. Incluso es posible que lo hiciera un poco demasiado tarde.

La tasa de paro de la Unión Europea, por el contrario, se acerca al 12%. Unos pocos keynesianos empedernidos pueden afirmar que este estado de cosas permite un estímulo de la demanda destinado a crear empleo. Pero la mayoría de las estimaciones señalan que la tasa natural de paro de Europa ha aumentado en cada uno de los sucesivos ciclos.

Un estudio presentado en la conferencia por Charles Bean, de la London School of Economics, pareció sugerir que la tasa natural de Europa se ha elevado del 2,5% en los años 60 a cerca del 10% ahora. Si esto es así, el desempleo seguirá siendo elevado incluso después de la recuperación... o la inflación se reactivará.

La causa de la subida de la tasa natural de Europa no es ningún misterio. Las atenciones sociales generosas debilitan los incentivos para conseguir un empleo. Los elevados costes de los despidos desalientan a las empresas a la hora de contratar trabajadores. Los sindicatos poderosos y los salarios mínimos hacen difícil los ajustes salariales. En Europa, una vez que un trabajador pierde su empleo, dichos mecanismos le mantienen en paro. Una subida temporal del desempleo debida a una recesión puede transformarlo así en paro estructural.

El remedio no consiste en recortes de los tipos de interés sino en conseguir que los mercados laborales sean más flexibles, lo que puede lograrse haciendo menos generoso el sistema asistencial, disminuyendo las restricciones al despido y estimulando la formación profesional. Tales remedios tardarán tiempo en surtir efectos. Mientras tanto, si el paro se halla por encima de la tasa natural, ¿hay espacio para un estímulo de la demanda? Blinder cree que unas nuevas

reducciones de los tipos de interés en Europa podrían disminuir las tasas de paro en 2 ó 3 puntos porcentuales. Sin embargo, dada la dificultad de ajustar con precisión la economía, tal acción podría resultar muy arriesgada.

Si los bancos centrales utilizaran los tipos de interés para reducir el desempleo pondrían en marcha expectativas inflacionistas, aumentarían las reivindicaciones salariales y presionarían al alza los rendimientos de los bonos, todo lo cual supondría unos resultados contraproducentes. Es por esto por lo que los bancos centrales harían bien en contemplar sólo la inflación.

La predisposición de Blinder a arriesgar un poco no constituye una sorpresa. Hace tiempo que ha expresado esos puntos de vista. Lo que resulta preocupante es que Bill Clinton le eligiera para ocupar el primer puesto de la Reserva Federal que le ha correspondido proveer. Blinder, además, es uno de los candidatos a suceder a Greenspan al término de la presidencia de éste, en 1996. No ha habido confrontación alguna entre estos dos personajes. Los dos están de acuerdo en que, con un paro próximo a su tasa natural, no hay necesidad alguna de proceder a recortes de los tipos de interés. Sin embargo, si el paro empezara a subir, es posible que Blinder propugnara una próxima disminución de los tipos. Si, cuando esto, eventualmente, llegue, otros nombramientos de Clinton se han unido a Blinder en el consejo de la Reserva Federal, podría muy bien ocurrir que los rendimientos de los bonos y el dólar resultaran lastimados.

El verano acaba con malas noticias en Europa.

(Brandon Mitchener, en "Herald Tribune")

Para un político no hay mejor manera de alienarse el electorado que recibirle, a la vuelta de las vacaciones, con declaraciones diciendo que hay que elevar los impuestos y reducir atenciones sociales.

Pero ésta es la desagradable realidad con que se enfrentan las autoridades de toda Europa al inicio del curso político de este año, con una agenda dominada por la busca de la manera de controlar unos déficit públicos insostenibles y de reducir una deuda desorbitada, todo ello sin renunciar a la reelección.

Lo que está en juego es la credibilidad política, económica y financiera de los diferentes gobiernos -de Roma, de Copenhague o de donde sea- situados ante la alternativa de perder los votos de los electores imponiéndoles nuevos tributos y cargas o de desprestigiarse ante los mercados financieros.

Italia, que ya esperaba un déficit de 45 billones de liras (28 m. m. de dólares) el año próximo, debe añadir a dicha cifra otros 3 billones de liras con los que pagar intereses adicionales de la

deuda después de la reciente decisión de su banco central de aumentar el tipo de descuento en medio punto, hasta alcanzar el 7,5 por ciento.

Los precios de los bonos de Bélgica se recuperan después de la caída que se produjo cuando un importante centro de análisis puso en duda la capacidad del gobierno para reducir el déficit público. Bélgica es el primer deudor dentro de la Unión Europea, con una deuda que el año pasado alcanzó el 129 por ciento de su producto interior bruto.

La principal compañía de seguros de Suecia, Skandia AB, hizo que la corona se tambaleara en Julio al anunciar que boicotearía los bonos del Estado mientras el gobierno sueco no redujera el déficit fiscal. Dicha compañía ratificó su actitud hace pocos días, diciendo que las últimas propuestas de las autoridades no eran suficientes para corregir la situación existente.

Incluso Alemania -que durante años tuvo uno de los menores niveles de deuda pública como porcentaje de la actividad económica-, va a ver probablemente cómo su deuda se eleva por encima del 60 por ciento del PIB el año próximo, después de que el gobierno se haga cargo del pasivo de los ferrocarriles y del Trenhandanstalt, la entidad encargada de la puesta en venta de las empresas de propiedad estatal en la zona oriental del país.

Algunos sostienen aún que el caso alemán es diferente. "Una importante diferencia entre Alemania y otros países es que nuestra deuda subió principalmente a causa de la reunificación, cuyo coste baja lentamente", dice Bodo Von Rüden, un analista de bonos de Trinkans Capital Management, de Düsseldorf. "En otros países, el déficit es en buena parte cíclico y estructural".

Sea como fuere, el problema es muy general. Entre todos los países industriales del mundo, sólo Japón e Irlanda se las han arreglado para reducir la ratio deuda/PIB en los últimos cuatro años.

Entre los mayores países -los que integran el grupo de los Siete Grandes-, una combinación de factores cíclicos, estructurales y demográficos hizo que el nivel de la deuda aumentara hasta alcanzar una media del 38 por ciento del PIB en 1993, frente al 32 por ciento en 1989.

Y cuando la tendencia no ha sido contrarrestada por drásticos recortes del gasto, el resultado ha sido una mezcla de mayor inflación y de contracción monetaria, la cual a su vez ha exacerbado los problemas de las autoridades al ralentizar la actividad económica y encarecer el servicio de la deuda.

Por otra parte, como subrayaba el Banco Internacional de Pagos en su informe anual aparecido en Junio, la incapacidad para reducir los ratios deuda/PIB "ha puesto en entredicho la credibilidad de las autoridades fiscales en la presente crisis, no dejando a los gobiernos otra alternativa que contraer la política fiscal para evitar efectos indeseados en los mercados financieros".

"Los mercados de bonos se hallan muy preocupados", dice Paul Horne, economista internacional de Smith Barney, Harris Upham & Co. "Los déficit actuales, el envejecimiento de la población europea y el deterioro de las pensiones no auguran más que desastres para los tipos de interés a largo plazo. Si todo ello no es objeto de corrección, los intereses no pueden dejar de crecer indefinidamente".

Incluso países tales como Francia y Alemania, que ha hecho unos grandes esfuerzos por controlar la acumulación de deuda nueva, encuentran muchas dificultades para reducir la deuda existente. Las ratios deuda/PIB de Alemania y de Francia eran, el año pasado, del 27,5 y del 35,6 por ciento, respectivamente.

"A lo largo y ancho de Europa, la productividad del sector público debe ser sustancialmente mejorada", ha dicho un alto funcionario francés. "Debemos poner orden necesariamente en la administración central, en las administraciones locales y en la administración de la seguridad social".

En Italia, sólo los intereses de la deuda costaron el equivalente del 11 por ciento del PIB en 1993, casi cuatro veces la media de los países desarrollados, que fue del 2,9 por ciento. Esa carga hace que el presupuesto nacional sea altamente vulnerable ante las alteraciones de los tipos de interés.

Después de que el Banco de Italia subiera los tipos, hace poco -lo que muchos, en el propio país, interpretaron como un voto de no-confianza contra la política fiscal del gobierno- el primer ministro Silvio Berlusconi advirtió que las pensiones de las generaciones futuras deberfan ser reducidas.

Los expertos dicen que los gobiernos europeos deben disminuir el gasto público -y no sólo las atenciones sociales, sino de una manera lineal- si se quieren respetar los criterios de convergencia recogidos en el Tratado de Maastricht. El tratado, como se recordará, exige, como condición para el acceso a la Unión Monetaria, que el déficit de un país no supere el 3 por ciento del PIB en 1996 (la media era del 6 por ciento a finales de 1993) y que la deuda sea inferior al 60 por ciento del mismo.

Buenos vientos (relativamente) para la Unión Monetaria.

(Erik Ipsen, en "Herald Tribune")

Hace ahora un año del colapso del mecanismo de cambio europeo, que tuvo lugar tras un nuevo enfrentamiento entre los especuladores y los bancos centrales. Desaparecieron con tal motivo las viejas bandas de fluctuaciones de los cambios y quedó sin vigor la norma que obligaba a los bancos centrales a defenderlas. Seguidamente entraron en funcionamiento unas nuevas bandas lo suficientemente anchas como para preguntarse para qué iban a servir.

Viendo las cosas con perspectiva, los economistas se muestran sorprendidos al constatar cuán poco influyeron en el curso de la política monetaria aquellos supuestamente dramáticos acontecimientos. Un año después de que las autoridades europeas se inclinaran ante los

mercados y renunciaran a cualquier acción formal para mantener sus monedas alineadas, el alineamiento se mantiene, aunque sea de manera informal.

Hung Tran, director del servicio de estudios del Deutsche Bank en Frankfurt, se refiere a ello diciendo que se trata de una "banda estrecha mental" ("mental narrow band") que guía las acciones de los gobernadores continentales.

Un año atrás hubiera sido impensable la simple idea de que tal estado de cosas podía durar. Los expertos creyeron que, liberados de la obligación de mantener sus monedas dentro de una determinada distancia del todopoderoso DM en los mercados monetarios internacionales, los bancos centrales, de París a Copenhague, bajarían rápidamente los tipos de interés.

Alemania hacía frente a un conjunto de problemas excepcionales consecuencia de la reunificación. Sus consorcios continentales necesitaban desesperadamente la reactivación de sus economías. La manera de conseguirlo era seguir el ejemplo británico de un año antes: la llamada opción consistente en abandonar la carga y echar a correr ("cut-and-run option").

Ante la sorpresa de todo el mundo, tales abandonos no se produjeron, por lo menos donde parecía que iban a producirse. En último término fue el Bundesbank el que dio el primer paso. "Todos seguían estando detrás de Alemania, pero ésta procedió a la reducción de los tipos con mayor rapidez de la que nadie pudo soñar", dice Esther Barondy, destacada economista de Credit Lyonnais Capital Markets, en París.

La consecuencia de todo ello es que el concepto de unión monetaria sigue perfectamente vivo. "Los bancos centrales europeos han mostrado su predisposición a aceptar una política monetaria única: la del Bundesbank", afirma Adrian Cunningham, economista internacional de la Union Bank of Switzerland en Londres. "Como resultado de ello, la causa de la unión monetaria se ve muy promocionada".

El hecho simple es que el continente ha salido de la recesión con unas políticas económicas y -lo que es aún más importante- con unas economías más estrictamente alineadas que nunca.

Sin embargo, incluso los más ardientes partidarios de la unión monetaria admiten aún que no es probable que se llegue a una moneda única en lo que queda de siglo. Según Hung Tran, son los grandes déficit y la elevada deuda de varios países europeos lo que constituye el talón de Aquiles de la unión. Las cifras son sobrecogedoras, incluso para países económicamente ejemplares como puede ser Alemania. El déficit del sector público alemán este año puede llegar a situarse por encima del 6 por ciento del producto interior bruto, frente a un máximo de un 3 por ciento estipulado en el Tratado de Maastricht como condición para la unión monetaria. El déficit de Francia se espera que sea sólo algo inferior al 6 por ciento del PIB, mientras que los de Italia y Holanda pueden alcanzar casi el 10 por ciento.

Para poner orden en sus cuentas, los gobiernos europeos prevén años de contracción fiscal.

Otros preguntan aún lo que se preguntaban ya hace un año: ¿puede Europa permitirse el gran proyecto soñado? Keld Holm, veterano economista internacional de Lehman Brothers en Londres, hace observar que la tasa de paro en Europa es en la actualidad del 11 por ciento y que apenas muestra señales de disminución. También llama la atención sobre el hecho de que la Organización

para la Cooperación y el Desarrollo Económicos prevé que en año 2000 el paro en Europa va a ser todavía del 10,5 por ciento.

Pero también Keld Holm manifiesta su sorpresa por la circunstancia de que el sistema de cambios europeo siga vivo después de haber muerto. Con todo, y al revés que sus colegas del continente, Keld Holm insiste en que eso es una desgracia. "Todo parece color de rosa, pero unas políticas monetarias basadas en el deseo de una baja inflación han dejado de tener sentido". Los costes en forma de desempleo, simplemente, son demasiado elevados.

El "núcleo central" para Europa es una buena idea.

(Reginald Dale, en "Herald Tribune")

Debería ser obvio: si Europa ha de progresar aún más hacia la unidad económica y política no puede permitir que sean los más retrasados los que marquen el paso. Los países preparados y capaces de ir más deprisa deberían situarse en cabeza, dejando que los otros los alcanzaran más tarde.

Sin embargo, esta proposición de tanto sentido común, sugerida hace poco en París por el primer ministro Edouard Balladur y en Bonn por el partido Cristiano Demócrata de Helmut Kohl, ha provocado un enorme revuelo en el seno de la Unión Europea, habiéndose producido gritos angustiados en Gran Bretaña, Italia y España, países que se sienten amenazados de quedar excluidos del círculo central europeo. Ante tales protestas, Bonn parece haber empezado a ceder. No debería hacerlo.

El análisis franco-alemán se sitúa sin duda en el buen camino. La Unión de 12 países se expandirá probablemente a 16 el año próximo y a 20 o más al final de siglo, con lo que se incrementará grandemente la diversidad de los intereses de los países miembros así como sus pretensiones y sus resultados económicos.

Ahora bien, tan heterogéneo convoy no irá muy lejos si continúa navegando a la velocidad del navío más lento. Incluso es posible que haga marcha atrás.

Los convoys, en cualquier caso, son una exigencia de los tiempos de guerra. Ahora que la guerra fría ha terminado, la necesidad que tienen los países de la UE de navegar agrupados por razones de seguridad es mucho menor, como así lo han expresado muchos países miembros.

Por lo demás, la idea de un núcleo central no es siquiera nueva. Como dijo Balladur, la propuesta Europa de varias velocidades existe ya realmente. Gran Bretaña y Dinamarca obtuvieron el derecho de aceptar o no, según quisieran, provisiones clave del Tratado de Maastricht, incluyendo la unión económica. El tratado mismo hace posible que unos países adopten la moneda única antes que otros.

El primer ministro británico, John Major, a pesar de sus protestas contra la Europa de dos niveles, acepta que los miembros de la Unión deben estar en condiciones de avanzar sobre vías distintas y a velocidades diferentes. Tanto es ello así que se podría decir que fue el Reino Unido el país que inventó el concepto de una Europa de dos niveles cuando renunció a formar parte de la Comunidad original de seis países, en los años 50, creando la menos ambiciosa Asociación Europea de Libre Comercio.

¿Cómo se explica, pues, la algarabía presente? Se explica porque parece como si los dos grandes poderes continentales intentaran disponer del futuro de la unión antes de la revisión convenida para 1996. Los parlamentarios germanos citaron sólo cinco países para formar parte del "núcleo central": Francia, Alemania, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Balladur, por su parte, dijo que el "núcleo" estaría constituido esencialmente por Francia y Alemania. Esto produce mal efecto y parece como si los dos países quisieran adoptar una posición dominante, e incluso que estuvieran conspirando, y esto sólo dos meses después de que Francia y Alemania produjeran sangre al intentar imponer su candidato a la presidencia de la Comisión. Los últimos acontecimientos muestran que las relaciones públicas de París y de Bonn no funcionan todo lo bien que debieran.

No obstante, los otros países atacan molinos de viento cuando pretenden que lo que Francia y Alemania desean es excluirles, lo cual es inexacto. Tanto Balladur como los parlamentarios alemanes han asegurado que el núcleo central estaría abierto a todos los países miembros que desearan y estuvieran en condiciones de incorporarse a él.

La lista alemana refleja, simplemente, la realidad económica y monetaria actual. Si España e Italia quieren figurar en la misma, deben esforzarse en poner orden en sus economías.

En el caso de John Major, el concepto de núcleo le crea problemas políticos especiales. Atenta contra su pretensión de que Gran Bretaña puede rechazar la unión política y económica y al mismo tiempo permanecer "en el corazón de Europa". Tal supuesto también supone un desmentido para la suposición de Major de haber podido utilizar el veto para resistir el progreso hacia la Unión Monetaria.

Todo ello puede resultar positivo. Los trabajos y las tribulaciones del Tratado de Maastricht sobre la Unión Europea deberían haber demostrado la locura de no haberles hablado claro a los electores -en Gran Bretaña o en cualquier otro país- a propósito de la dirección que adoptaba la integración europea.

Por eso es bueno que Francia y Alemania, siquiera de manera un tanto torpe, hayan planteado el problema ahora.

El documento de los cristiano-demócratas alemanes sobre la Unión Europea.

El documento que se transcribe a continuación, de Lionel Barber, apareció publicado en "Financial Times" de 8 de Septiembre.

"Todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros" (George Orwell, "Animal Farm", 1945).

Desde sus mismos orígenes, la Unión Europea ha rechazado la noción de ciudadanos de primera y ciudadanos de segunda. Cualquier alusión a círculos centrales o grupos especiales ha sido vista siempre con recelo, y esto a pesar de las diferencias obvias que existen entre los países miembros por lo que se refiere a riqueza, dimensión y población.

Ahora resulta que Alemania, el mayor y más poderoso de los miembros del club, se ha salido de filas. Hace unos días, el partido Cristiano Demócrata en el poder y sus aliados del CSU se manifestaron a favor de un núcleo central de cinco países destinado a acelerar la integración. El correspondiente documento, haciéndose eco de actitudes similares manifestadas en el seno del gobierno francés, puso fin a una delicada tregua sobre el ritmo y el alcance de la integración que se ha mantenido desde que, en Noviembre último, se procedió a la ratificación del Tratado de Maastricht.

No se sabe si por accidente o de manera intencionada, los alemanes han puesto en marcha un debate sobre un problema que ha de resultar esencial en la conferencia intergubernamental que se ha de celebrar en 1996 para revisar el Tratado de Maastricht: cómo puede la Unión conservar su estructura integrada a pesar de la sucesiva incorporación de nuevos miembros, en especial de los antiguos países comunistas de la Europa central y oriental.

La mayoría de los países miembros actuales preferiría no tener que mirar lo que contiene esa caja de Pandora. La organización de una Unión Europea de 20 ó 25 miembros exigirá una transformación de las instituciones y de la manera de actuar de la Comunidad susceptible de alterar el equilibrio que ha asegurado la estabilidad política europea por espacio de más de una generación.

En una Unión mayor, el pequeño Luxemburgo (450.000 habitantes) podría no poder disponer del desproporcionado poder de voto y de decisión con que ahora cuenta. Los países del "Club Med" -Grecia, España y Portugal- corren el peligro de ver reducida la ayuda regional que reciben, si de ésta han de participar también los europeos del este. "Todos esos cambios despiertan temores entre los países menores y más pobres, que corren el riesgo de quedar marginados", dice un alto funcionario de la Comisión.

Por lo que al gobierno del Reino Unido se refiere, el contenido del documento de los cristiano-demócratas alemanes amenaza con reanudar la guerra civil en el seno del Partido Conservador, en que John Major se encuentra cogido entre los eurófilos -preocupados por la posibilidad de que su país quede rezagado en el proceso integrador- y los euroescépticos opuestos radicalmente a cualquier nueva cesión de soberanía nacional.

El revuelo producido por el documento de la coalición CDU/CSU habría sido mucho menor si los autores del mismo hubieran eludido cualquier cita a países concretos, en este caso a los países susceptibles de formar parte del núcleo central. La asunción de que no todos los países podrían incorporarse de inmediato a una unión más integrada no es nada nueva. En realidad, el mismo Tratado de Maastricht prevé explícitamente la posibilidad de una unión de "varias velocidades". Sin embargo, al excluir a Italia (uno de los países fundadores de la Comunidad Europea en 1957), así como a España y Gran Bretaña, el documento alemán pareció anticipar qué países reunirían las condiciones para la UEM y cuales no, con lo que provocó un conflicto innecesario.

La explicación de Helmut Kohl de que el documento de los partidos CDU/CSU no reflejaba la política oficial del gobierno sólo sirvió para suscitar comentarios sobre el sentido y la oportunidad de aquél. Algunos observadores vieron el documento como un globo de reconocimiento destinado a constatar qué reacciones produciría, más adelante, el anuncio de una posición oficial alemana concebida más o menos en términos similares a los del informe. Otros lo consideraron como una advertencia a británicos y daneses, que desde hace tiempo intentan enfriar el entusiasmo de otros a favor de una aceleración de la integración.

Los dos puntos de vista pueden no tener en cuenta otras apreciaciones más prosaicas, como, pueden ser ciertos cálculos relacionados con las elecciones generales alemanas del próximo mes. Por ejemplo, para evitar, eventualmente, que los seguidores más conservadores de la coalición gubernamental no desvíen sus votos hacia partidos minoritarios de tinte nacionalista.

Con todo, también está claro que Kohl y sus asesores más próximos están convencidos de que la situación es propicia para un debate abierto sobre el futuro de la integración europea y sobre el papel que Alemania ha de representar en él. Kohl sigue dispuesto a evitar una repetición de la experiencia de Maastricht, en la que la élite gobernante europea perdió el contacto con el público.

El mensaje implícito del documento es que debe procederse a un intercambio franco de puntos de vista con Francia, el aliado más importante de Alemania. Dicho rápidamente, el documento alude a diferencias en materia de política económica, incluyendo la legislación sobre la competencia, los objetivos de la política agraria común, la política industrial y el comercio. El documento señala que si Alemania presenta planes para una mayor integración política, Francia debe corresponder "con decisiones igualmente claras e inequívocas". "Francia debe aceptar una política exterior europea común y no continuar con una política exterior francesa", dice un alto cargo alemán en Bruselas.

En un sorprendente pasaje, los autores sostienen que es indiscutible que Francia mantiene el compromiso a favor de una integración mayor, pero manifiestan su inquietud a propósito de la fidelidad francesa al concepto de estado-nación. "La noción de soberanía irrevocable del estado-nación sigue siendo válida en Francia, a pesar de que, desde hace tiempo, la soberanía no es más que un concepto vacío".

El dilema con que se enfrentan Alemania y Francia es cómo mantener la alianza entre los dos países en un proceso que va a presenciar, simultáneamente, la ampliación de la UE con la incorporación de los países del este de Europa. Como reconoce implícitamente el documento de

CDU/CSU, la ampliación beneficiará claramente a Alemania, en lo económico y en lo geográfico, y puede diluir el papel privilegiado de Francia en la dirección política de la Unión.

Francia aceptó a regañadientes la presente ampliación de la Unión con la entrada de Austria, Finlandia, Suecia y Noruega, y ello porque suponía el ensanchamiento de la esfera de influencia de Alemania y un desplazamiento hacia el norte del centro de gravedad comunitario.

Un alto funcionario de la Comisión pronostica que Francia se recuperará de esa ampliación, pero advierte que la unión se decantará todavía más hacia el este. "Con la primera ola llegarán Polonia, la República Checa, Hungría y Eslovaquia, pero la segunda llegará poco después. Con ésta vendrán Eslovenia, los Estados bálticos y, si termina la guerra en Yugoslavia, Croacia".

Hace pocos días, Edouard Balladur, primer ministro francés, tal vez con la vista puesta en las elecciones presidenciales francesas de la próxima primavera, estableció la posición de su país a propósito de los futuros esquemas de la integración europea. A su juicio, Europa podría organizarse sobre la base de tres círculos concéntricos. Francia y Alemania presidirían el círculo central. Otros miembros de la UE que desearan avanzar más lentamente podrían integrar el segundo círculo, mientras que los países del este de Europa formarían el círculo exterior, dado el estado más atrasado de sus economías. En cualquier caso, Balladur eludió decir qué países constituirían el núcleo central y cómo su versión de la "geometría variable" funcionaría en la práctica.

En realidad, "geometría variable" es un término muy complejo, y sólo hace poco que las mejores cabezas tecnocráticas y jurídicas de Europa han empezado a pensar qué es lo que puede significar. El plan germano de un núcleo central, los comentarios de Balladur y el discurso de hace unos días de Major ofrecieron diferentes esquemas de la integración posible. La dificultad es que geometría variable puede significar cosas distintas. En general pueden citarse tres opciones:

- **Una Europa de varias velocidades.** La mayoría de los expertos sostiene que no hay nada malo en el hecho de que los países avancen más deprisa o más despacio, según los casos, hacia unos mismos objetivos comunes. Gran Bretaña participó en la creación del Sistema Monetario Europeo pero sólo años más tarde se incorporó al mecanismo de cambios. Países menos desarrollados como Grecia y Portugal están autorizados a no cumplimentar, o a aplazar, el cumplimiento de cierta legislación comunitaria sobre banca y seguros.

- **Europa "a la carte".** La opinión individual es que una libertad total para aceptar o rechazar obligaciones fundamentales tales como la política agraria común o la política de la competencia socavaría la Unión y la haría inoperante. Una Europa de tal naturaleza entraría en conflicto con el Tratado de Roma, inutilizaría el mercado único europeo y destruiría el marco institucional básico formado por la Comisión Europea, el Tribunal de Justicia y el Consejo de Ministros.

- **Geometría variable propiamente dicha.** Esta opción se sitúa en un punto medio entre las dos anteriores. Reconocería que algunos Estados miembros tienen intereses distintos, pero la flexibilidad tendría límites. La geometría variable estaría sometida al acuerdo de todos los Estados de la Unión.

En la práctica, la geometría variable existe ya. Gran Bretaña no participa en el capítulo social del Tratado de Maastricht. Dinamarca dispone de una protección especial frente a los extranjeros

que desean comprar una segunda vivienda. Irlanda no es miembro de la Unión Europea Occidental, el embrión de brazo armado de la UE. Francia es miembro de la OTAN, pero no lo es del mando integrado de la alianza.

El reto es cómo aplicar una geometría variable a una Unión ampliada y cómo adaptarla de forma que se pueda hacer frente a los problemas económicos y presupuestarios que se han de derivar de la entrada de los europeos orientales. "El intrínquilis resulta de lo que se desea políticamente, por un lado, y lo que es matemáticamente sostenible, por otro", dice Hans Van den Broek, comisario para asuntos políticos exteriores.

Los atractivos de una geometría variable son inmensos. Estados con capacidad y voluntad suficientes podrían avanzar al ritmo que desearan, al tiempo que otros dispondrían de la libertad de mantenerse detrás o de recuperar el terreno más tarde. También permitiría ofrecer a los europeos del este unos períodos de transición generosos para poder preparar mejor su acceso a la condición de miembros de pleno derecho. Pero los riesgos son grandes si la geometría variable se utiliza de una forma demasiado laxa.

Lo que está claro, en cualquier caso, es que los últimos días han presenciado el inicio de un debate constitucional sobre el futuro de Europa. Nadie podrá detenerlo.

Las diferencias entre Gran Bretaña y sus consocios comunitarios se acentúan tras el documento del CDU.

El artículo que aparece a continuación fue publicado en "Financial Times" de 14 de Septiembre. Su autor es Ian Davidson.

Algunos ministros de asuntos exteriores europeos han denunciado el controvertido informe del Partido Cristiano-Demócrata alemán (CDU) según el cual debería haber un "núcleo duro" minoritario en el centro de la Unión Europea. Las manifestaciones desaprobatorias de aquéllos pueden haber dejado tranquilos a los gobiernos británico, italiano y español, que han expresado su alarma ante la perspectiva de que Alemania pueda intentar relegarles al carril lento de Europa. Ahora bien, las denuncias públicas no pueden eliminar la realidad que aparece detrás del documento, toda vez que éste ha sido configurado por la geopolítica del nuevo mapa de Europa.

Desgraciadamente, geopolítica es el abismo que desde hace mucho tiempo ha separado a los británicos de la mayoría de sus consocios del continente, abismo que ahora parece ahondarse todavía más. Los seis países fundadores de la Comunidad Económica Europea la contemplaron esencialmente desde un principio como una empresa geopolítica de la que la normativa económica no era más que la expresión práctica. Para los alemanes, este imperativo ha sido todavía más fuerte que para los otros cinco. Ocurre, sin embargo, que incluso después de 20 años de su incorporación al grupo, los británicos todavía no han entendido esto. Instintivamente, piensan que

el "mercado común" es sólo un arreglo comercial y creen que debería ser cada día más una área de libre comercio. Para los británicos, si hay un problema geopolítico, la solución es la OTAN y Norteamérica.

Los autores del documento, inevitablemente, contemplan la geopolítica de Europa en términos germanocéntricos e invocan la UE como garantía frente a la inestabilidad histórica continental de origen alemán. A su juicio, el marco institucional y jurídico proporcionado por el Tratado de Roma resultó esencial, después de la Segunda Guerra Mundial, para la estabilización de Alemania en el contexto euro-occidental, y creen que sigue siendo necesario hoy.

Los británicos pretenden hacer creer que confían en la función pacificadora de la UE, pero hacen oídos sordos al 90 por ciento de lo que los alemanes dicen. Los británicos, en una palabra, no entienden el problema alemán porque no es un problema británico. Como resultado de ello, británicos y alemanes sacaron conclusiones opuestas de la caída del Muro de Berlín.

El gobierno británico intenta ahora dejar de lado la referencia geopolítica original de la UE diciendo que esta finalidad ya ha sido satisfecha, por lo que ha dejado de tener validez. Esto es lo que dijo John Major en su conferencia de Leyden, la semana pasada. "La Comunidad Europea nació para poner término a las divisiones del occidente europeo, cosa que ya se ha conseguido. Con la OTAN, la Comunidad nos dio paz y prosperidad, haciendo impensable la guerra. La determinación de los padres fundadores ha dado sus frutos, incluso más allá de lo que mucha gente pensó al principio. La visión de aquéllos ha resultado acertada. Pero ya no cuenta. Ha dejado de ser útil".

La conclusión obvia es que el modelo UE ya no se necesita. Ahora bien, si esto es así, ¿qué es lo que procede ahora? ¿Debe desguazarse el Tratado de Roma, con todo el aparato institucional que se ha creado a su alrededor? ¿O cree Major, simplemente, que no necesitamos ya más integración política de ese tipo, puesto que la paz es ya un hecho? Si la vieja visión ha dejado de ser válida, ¿en qué consiste la visión nueva? Major no lo dice. Lo único que asegura y repite es que debemos ser flexibles, muy flexibles.

Los autores del documento adoptan la actitud opuesta. Sostienen que la apertura de Europa puede resucitar todos los peligros históricos en la Europa central y oriental, con una Alemania situada en medio de posibles corrientes desestabilizadoras procedentes del este y del oeste. Si esto es así, Europa necesita una unión políticamente más integrada aún de lo que ha sido el caso hasta ahora.

"La única solución que evitará la vuelta al inestable sistema de la preguerra, con una Alemania cogida entre el este y oeste, es la integración de sus vecinos centrales y orientales en el sistema europeo (occidental) de la postguerra, y el establecimiento de una colaboración amplia entre dicho sistema y Rusia... De ahí que Alemania tenga un interés fundamental tanto en la ampliación de la unión hacia el este como en el fortalecimiento de la misma y en su profundización. En realidad, la profundización es una condición previa a la ampliación...", dice el documento.

La cuestión básica, según el análisis del CDU, es saber "si la UE está en condiciones de convertirse, y quiere convertirse, en el pilar central del orden continental, del que serían elementos asimismo importantes una Rusia democratizada y nuevamente estable y la alianza con Estados Unidos. Esto sólo será posible, dice el documento, si se fortalece la integración política

de la unión; y un componente de este fortalecimiento ha de ser un núcleo central cohesionado constituido por los países que estén en mejores condiciones y se muestren más dispuestos a la integración.

El mérito del documento del CDU es que establece una estrategia sólida con la que llevar a cabo la ampliación de la UE hacia el este, en la que el punto de partida geoestratégico es contemplado en el contexto de la idea integradora. Por supuesto, no es la única estrategia posible, pero es clara y coherente, y constituirá como mínimo un punto de partida estimulante en el debate sobre el futuro de Europa, que ahora empieza.

El discurso de Major fue pensado, evidentemente, como un contragolpe británico. Desgraciadamente, su principal característica fue su evasividad. Según Major, deberíamos reconstruir la "cohesión y la confianza" en la UE, pero no indica cómo. Dice que la ampliación hacia el este "debe comprender también acuerdos sobre seguridad", pero tampoco precisa en qué han de consistir éstos. Lo único que parece tener claro es que "hemos de ser flexibles".

De hecho, el discurso de Major es poco más que simple retórica, por lo que resulta imposible deducir de él cualquier tipo de estrategia operativa. Y si el gobierno no dispone de una estrategia es, sobre todo, porque no puede o no quiere pensar en términos geopolíticos.

El ejemplo de Irlanda.

(Tom Buerkle, en "Herald Tribune")

En una fase en la que los gobiernos europeos intentan controlar sus déficit con la vista puesta en la moneda única, todo el mundo pretende seguir el ejemplo de Irlanda. Pero no les resultará fácil.

En los últimos siete años, el gobierno de Dublín se ha transformado completamente. Era uno de los más dispendiosos de Europa y se ha convertido en un modelo de probidad fiscal.

Con unos controles estrictos de las retribuciones y de los gastos, la deuda nacional del 116 por ciento del producto interior bruto que amenazaba provocar la bancarrota del país ha quedado reducida al 90 por ciento, en un proceso de acelerado descenso que todavía continúa. Paralelamente, Irlanda ha llegado a conseguir los mejores resultados económicos de la Unión Europea, con un crecimiento medio anual del 5 por ciento y una tasa de inflación que no supera el 3 por cien.

Tales resultados merecieron el lunes la aprobación y el reconocimiento de los ministros de Hacienda comunitarios, los cuales declararon que Irlanda y Luxemburgo eran, entre los doce, los

únicos países que reunían las condiciones que exigía el Tratado de Maastricht para el acceso a la moneda única.

Los otros diez ministros se recriminaron mutuamente por incurrir en enormes déficit y autorizaron a la Comisión ejecutiva de la UE para que presentara las recomendaciones que creyera oportunas sobre la manera de poner orden en las cuentas de cada país. En términos de Maastricht, eso supone reducir los déficit al 3 por ciento, o menos, y situar la deuda por debajo del 60 por ciento del PIB, o en camino de conseguirlo.

Lo realizado por Irlanda "ha constituido un éxito importante en el contexto de la Unión Europea", comentaba Graham Bishop, economista de Salomon Brothers en Londres. Pero se trata de una experiencia que los otros grandes deudores de la Unión, y en especial Italia, Bélgica y Grecia, encontrarán de difícil imitación, a juicio de los analistas y de las autoridades.

El giro positivo de Irlanda se ha visto facilitado por la entrada en el país de importantes recursos comunitarios. Dublín, en efecto, recibe grandes sumas en concepto de fondos para el desarrollo, al tratarse de uno de los países comunitarios más pobres. Su sector agrario, por otra parte, recibe una parte substancial de las subvenciones agrarias que distribuye la Unión. Así, Bruselas transfirió 2,3 m.m. de punts (1,5 m.m. de dólares) a Irlanda en 1993, suma que equivale al 7 por ciento del PIB irlandés.

Sea como fuere, todo el esfuerzo realizado y todos los éxitos alcanzados no garantizan que Irlanda vaya a adoptar la moneda única, y esto debido a la circunstancia de que el punt permanece íntimamente sujeto de la libra, moneda que Gran Bretaña está dispuesta a mantener fuera de la unión monetaria. Irlanda se vio obligada a devaluar el punt en un 10 por ciento en Febrero de 1993, varios meses después de que la libra abandonara el mecanismo de cambios europeo. Los tipos de interés a largo plazo de Irlanda corren ahora paralelos a los elevados tipos británicos, sin poder acomodarse a los más bajos tipos alemanes.

"Los mercados financieros todavía contemplan los tipos de interés irlandeses como formando parte del área de la libra", ha dicho el citado Bishop.

El ministro de Hacienda de Irlanda, Bertie Ahern, reconoció la citada limitación, lo que no impidió que manifestara su satisfacción por los elogios que mereció la hazaña presupuestaria realizada.

El gobierno irlandés está decidido a permanecer dentro de los límites establecidos por el Tratado de Maastricht, incluso teniendo en cuenta que sus estrechas conexiones con Gran Bretaña han de dificultar grandemente la adopción de la moneda única, cuya creación aparece ahora como una posibilidad para 1999.

"Lo importante para nosotros es situarnos en una posición que nos permita disponer de una opción" (de acceder a la Unión Monetaria), dijo el ministro de Hacienda de Irlanda.

Hace siete años, una opción de tal naturaleza habría parecido un sueño fantástico. El presupuesto irlandés estuvo fuera de control durante toda la primera mitad de los años 80, con déficit anuales del 12 ó del 15 por ciento del PIB. Al crecer la deuda, sólo los pagos por intereses

excedían del 10 por ciento del producto interior, lo que hacía tanto más difícil el control del presupuesto.

¿Trabajos de interés general para los parados? Una cuestión moral y de principio.

Con este título publicaba "Le Monde" de 16 de Septiembre el siguiente comentario de Alain Lebaube.

Director General de ANPE (*) desde hace un año, Michel Bon, tal vez no contempló todas las consecuencias de sus manifestaciones cuando, en una entrevista publicada en "Echos" de 15 de Septiembre, dijo que "es inevitable que llevemos a cabo una reflexión más amplia sobre las contrapartidas que deben pedirse a los parados indemnizados". Y eso tanto más cuanto que Bon, que fue presidente y director general de Carrefour, no sitúa la formación entre las contrapartidas que han de exigirse al parado, como éste es el caso en Suecia. Bon, en cambio, se pregunta si "la colectividad no tiene el derecho, como ocurre en Alemania, de proponerle al parado llevar a cabo una tarea de interés general a cambio de lo que recibe como subsidio".

Desde luego, la tentación de hacer trabajar (¿de ocupar?) a toda costa al parado está en el ambiente de nuestro tiempo. La idea se encuentra ya en parte en los intentos destinados a dar un nuevo contenido al aspecto inserción del RMI (***) y, más explícitamente aún, en la proposición reciente de Balladur de facilitar la contratación de RMistas por las empresas.

Con todo, cabe preguntarse sobre la pertinencia de una sugestión que, planteada sin las debidas matizaciones, parece querer generalizar dicha obligación haciéndola extensiva a todos los parados. Incluso en el ejemplo alemán citado, el recurso al trabajo de interés general no es sistemático, y no se aplica más que después de un largo período de desempleo, corriendo además a cargo de la ayuda social de los Lander. En Francia, los contratos empleo-solidaridad (CES), orientados ahora mayoritariamente hacia un público de parados adultos que llevan mucho tiempo sin empleo, responden aproximadamente a aquella definición. Ahora bien, las 65.000 plazas disponibles presupuestariamente, o las 800.000 concedidas por suerte, plantean ya suficientes problemas -entre los que figura la cohabitación con los agentes estatutarios ("agents statutaires")- a las colectividades locales que los emplean. Ir más allá equivaldría a resucitar los "talleres nacionales", de siniestra memoria.

Al aspecto moral se le une una cuestión de principio. En el régimen de seguro contra el paro, el subsidio se basa en una cotización de los asalariados y de las empresas, mientras que la duración de la prestación es función de los derechos así obtenidos. Se trata sin duda de un seguro que mutualiza el riesgo de pérdida de empleo y que, por lo demás, es gestionado paritariamente por los sindicatos y la patronal. En teoría, no es más que al término de ese período de dependencia cuando, eventualmente, la colectividad sustituye al régimen del seguro en nombre de la solidaridad nacional para proporcionar una ayuda, proponer CES o conceder el RMI. ¿Se

puede ir más allá? ¿Cabe actuar de forma diferente? De la forma que Michel Bon plantea la ecuación, el debate corre el riesgo de conducir a la confusión y, por consiguiente, de ser nefasto (1) (2).

NOTAS:

(1) Según informaba "Le monde" de 17 de Septiembre, "los sindicatos reaccionaron enérgicamente ante las declaraciones del director general de AN-PE". Según el periódico, la idea de Michel Bon según la cual los parados deberían realizar trabajos de interés general como contrapartida por los subsidios recibidos había sido acogida positivamente por el partido del gobierno y muy desfavorablemente, en general, por los sindicatos, y de manera matizada por CFTC (**). Mientras tanto, Michel Giraud, ministro de Trabajo, había mostrado sus reservas, calificando la posición de Bon como de estrictamente personal y señalando que cualquier medida de lucha a favor del empleo había de pasar por la concertación previa.

"Los parados no son ni enfermos ni rufianes ("hooligans"), dijo, irritada, Force Ouvrière en un comunicado en el que estima que la propuesta de Michel Bon pone en entredicho la solidaridad de la que se deriva el derecho al subsidio. El secretario general de CFE-CGC (***) estima que la idea de Bon "refleja un desconocimiento lamentable de la organización actual del subsidio del paro, el cual es la contrapartida equitativa de la cotización pagada por los mismos parados cuando disponían de un empleo". Un argumento idéntico es el utilizado por la CGT (****), la cual denuncia "una nueva operación de culpabilización de los trabajadores desprovistos de empleo".

Según la CFTC, "se trata de una cuestión muy delicada que merece la pena estudiar, si bien no debería hablarse de trabajos de interés general en términos de contrapartida". En cualquier caso, la CFTC aceptaría, en principio, que se le propusiera (no que se le impusiera) a un parado con dificultades de reinserción la posibilidad de realizar una labor de interés general.

Jean-Louis Debré, en fin, portavoz del RPR, dijo haber recibido con interés la idea de Michel Bon y recordó que "tal reflexión había sido iniciada por Jacques Chirac cuando sugirió públicamente transformar los subsidios, ahora un gasto pasivo, en un gasto activo".

(2) Otra propuesta de interés sobre la posible mejora de la situación creada por el desempleo en Francia es la que formuló Valéry Giscard d'Estaing en tres artículos aparecidos en "Le Figaro" de los días 19, 20 y 21 de Septiembre. Se trata de un "plan para la vuelta al pleno empleo" fundamentado principalmente en la reducción de las cargas sociales que pesan sobre los bajos salarios. La disminución de las cotizaciones sociales de las empresas -evaluadas por Giscard en 80 m.m. de francos- sería financiada, "en más del 50%, por las economías que la medida supondría", debiéndose acudir, para el resto, a "recursos temporales" procedentes del impuesto sobre el valor añadido. El IVA, según Giscard, "tiene la ventaja relativa de afectar a la utilización de la renta y no a la percepción de ésta, y sobre todo, asocia los productos importados a la recaudación de los recursos".

"Le Monde" del día 22 dedicaba un apreciable espacio a la propuesta de Giscard, ante la que el periódico adoptaba una actitud más bien escéptica. La reducción de las cargas sociales, decía "Le Monde", ¿bastará para poner en marcha un proceso de creación de empleo si el consumo permanece estacionario?

Sobre todo, "Le Monde" publicaba en el mismo número un comentario del citado Alain Lebaube en el que éste se mostraba muy crítico con la posición del ex-presidente de la República, en especial porque, a su juicio, el recurso al aumento del IVA supondría una disminución del consumo en un momento en que de lo que se trata es de que éste aumente.

- (*) Agence Nationale Pour l'Emploi
- (**) Revenu Minimum d'Insertion
- (***) Confédération Française des Travailleurs Chrétiens
- (****) Confédération Française des Employés-Confédération Générale des Cadres
- (*****) Confédération Générale du Travail

¿Subvenciones al empleo?

("The Economist")

La idea de que los gobiernos deberían subvencionar los salarios de los trabajadores sin empleo ha sido presentada con frecuencia como una manera casi indolora de reducir el paro. La teoría es atractiva. En vez de recibir atenciones asistenciales, los trabajadores desocupados dispondrían de un cupón o vale equivalente a la promesa de que el Estado pagaría una parte de su salario si encontraran un empleo. Esto reduciría el coste de la mano de obra y, por consiguiente, estimularía a las empresas a contratar gente. Por otra parte, todo ello no le costaría nada al Estado: el coste de las subvenciones sería financiado por el ahorro de las prestaciones.

Ocurre, sin embargo, que la vida no es tan simple. Dos décadas de pruebas en varios países han conducido a resultados decepcionantes, toda vez que el aumento neto del empleo así conseguido ha sido casi insignificante. Los programas de subvención de los salarios han acusado defectos por lo menos en tres aspectos:

a) **El peso muerto de los costes:** Algunos trabajadores habrían encontrado empleo incluso sin la subvención. La subvención innecesaria de trabajadores da lugar a unos costes calificados como un peso muerto ("deadweight costs"). Estudios realizados al respecto señalan que las dos terceras partes de los participantes en programas de ese tipo en Australia e Irlanda habrían conseguido un empleo sin necesidad de subsidio alguno.

b) **Substitución de trabajadores:** En el peor de los casos, la subvención del salario podría resultar tan tentadora que las empresas despidieran a sus trabajadores para contratar a otros nuevos, éstos subvencionados. Pero incluso en el mejor de los supuestos, los cupones o vales podrían beneficiar a algunos participantes en perjuicio de otros parados que no reúnen las condiciones que les permitan recibir la ayuda. Las tres cuartas partes de los trabajadores beneficiados por un programa holandés ocuparon vacantes a expensas de otros trabajadores parados.

c) **Duración de la ayuda:** Las subvenciones no pueden y no deben durar indefinidamente. Por consiguiente, existe el riesgo de que las empresas despidan trabajadores en cuanto la subvención acabe (como así fue en unas pruebas realizadas en Norteamérica).

Una serie de estudios realizados por la OCDE revelan que a) y b) representan frecuentemente el 80-90 por ciento de la participación en programas de subvención de salarios. A pesar de ello, la idea está encontrando nuevos adeptos. El gobierno británico puso en marcha algunos programas piloto el año pasado; y en Mayo fue Australia la que anunció un nuevo y ambicioso plan de subvenciones salariales.

Dennis Snower, economista del Birkbeck College, de Londres, sostiene que el éxito de estos planes depende de una mejor selección de los beneficiarios. En especial, las subvenciones, o los cupones, según Snower, deben concederse a los que llevan largo tiempo sin empleo. Además, de acuerdo con el mismo esquema, el valor de los cupones aumentaría con el tiempo que una persona hubiera estado en paro, pero disminuiría a medida que la misma persona siguiera ocupada.

La lógica de todo ello es que cuanto más tiempo lleva una persona sin trabajar, menor es su capacidad para el trabajo, lo que hace difícil que pueda encontrar un empleo. El incremento de la subvención según el tiempo de paro debería por lo tanto minimizar el peso muerto de los costes.

Snower también propone vales más generosos para las firmas que financian programas de formación. Esto mitigaría los problemas creados por b) y c), dado que las empresas se sentirían menos propensas a despedir trabajadores con buena formación. Sin embargo, eso podría crear sus propios incentivos negativos. Si un trabajador que acaba de quedar en paro sabe que podrá recibir una subvención al cabo de seis meses, puede que retrase hasta entonces la busca de un empleo (o puede que espere todavía más para así recibir una subvención mayor).

Para limitar la substitución, o b), Snower exigiría también que cualquier trabajador que abandonara una empresa fuera substituido por un empleado con paga entera. Sólo después de haber procedido así podría una empresa acudir a los parados con derecho a subvención. Las firmas que violaran las correspondientes normas al respecto deberían restituir la subvención y pagar una multa. Esto no sólo podría resultarles caro a las empresas sino que limitaría la flexibilidad de las firmas participantes. Por otra parte, eso desanimaría a las empresas más pequeñas, que son las que más ávidamente se han acogido a los programas de salarios subvencionados.

En experimentos controlados, los economistas han constatado que trabajadores norteamericanos que han recibido cupones se han sentido acomplejados, hasta el punto de ocultar los vales a las empresas que podían contratarlos. Gary Burtless, economista de la Brookings Institution, de Washington, sugiere que si se dejara de lado a la empresa y se concediera a los trabajadores un crédito fiscal ("tax credit") recuperable, como el Earned Income Tax Credit existente en Estados Unidos, se estimularía a los trabajadores para que buscaran con más celo empleos de salarios bajos.

Dennis Snower ha calculado lo que puede proporcionar su programa de subvención del empleo. El mayor provecho se obtiene en países en los que las ayudas al paro son elevadas en relación con el salario medio, lo que significa que entre tales países se encuentran casi todos los de la Europa continental. Suponiendo que el 50% de las subvenciones se perdieran en a) y b), el análisis de Snowec muestra que el paro de Gran Bretaña podría ser reducido en un 22%; el de Estados Unidos, en 35%; y el de España, hasta un 50%.

Muchos economistas, con todo, piensan que los costes de a) y b) serían mucho mayores.

Snower se muestra severo con los programas piloto puestos en marcha por el gobierno británico el año pasado. Tales programas no contienen provisión efectiva alguna contra la sustitución de trabajadores y no relacionan las subvenciones con la formación. Esto explica tal vez que los resultados que se han obtenido de aquellos programas hayan producido desilusión.

Sin embargo, el programa de subvención al empleo anunciado recientemente es Australia parece más próximo al ideal de Snower. Cualquier persona que haya permanecido en situación de desempleo durante más de un año tiene acceso al programa. La subvención aumenta con la duración del paro, y desciende a lo largo del tiempo de empleo. Las subvenciones durarán sólo seis meses, pero las empresas percibirán una prima extra si conservan los trabajadores un año. El programa también incluye un incentivo para que los trabajadores acepten el empleo. Si se niegan perderán los subsidios durante cierto tiempo.

Algunos críticos argumentan que el hecho de ayudar a los que más tiempo llevan sin empleo puede no hacer otra cosa que sembrar confusión entre los parados, favoreciendo a algunos y perjudicando a otros, como pueden ser los que lleven poco tiempo desocupados. Con todo, incluso si esto fuera así, podría merecer la pena hacerlo. El mantenimiento de los que llevan mucho tiempo parados en contacto con el mercado de trabajo reduce la presión sobre los salarios, con lo que se promociona el empleo general.

El hecho de agitar y remover a los parados de esa forma puede hacer que el mercado de trabajo funcione con mayor eficacia, aparte de que proporciona ventajas sociales adicionales, como puede ser la reducción de la delincuencia. El contribuyente debe pagar por cada empleo creado. El gobierno de Australia presupuesta 6,5 m.m. de dólares australianos para su programa. Se trata, a su juicio, de dinero bien gastado. Ahora bien, la carga de la prueba de la utilidad de tales programas sigue correspondiendo a los que instauran subvenciones al empleo.

Recordando a Hayek: el colectivismo todavía conduce a la servidumbre.

("The New York Times" - "Herald Tribune")

Cincuenta años después de que Friedrich von Hayek previera, en "The Road to Selfdom", el fracaso del colectivismo, la Universidad de Chicago ha publicado una nueva edición de ese texto clásico. Milton Friedman, que escribió, en 1971, la introducción a una edición alemana del libro, ha actualizado su ensayo de entonces. He ahí una síntesis del mismo.

Hace casi un cuarto de siglo escribí la introducción a una nueva edición alemana de "The Road to Selfdom". Tal introducción sigue siendo válida ahora, en que se cumple el 50 aniversario de la publicación de la obra. Copio aquí lo que dije entonces, añadiendo algún nuevo comentario.

A lo largo de los años he ido preguntando regularmente a los partidarios de las tesis individualistas cómo se gestó en cada uno de ellos el abandono de la ortodoxia colectivista de nuestro tiempo. Durante mucho tiempo, la respuesta más frecuente hacía referencia a "The Road".

La notable y vigorosa obra de Hayek constituyó una revelación, especialmente para los hombres y mujeres jóvenes que habían estado en las fuerzas armadas durante la guerra. Su experiencia reciente había reforzado su reconocimiento del valor y del significado de la libertad personal. Por otra parte, esos mismos hombres y mujeres habían podido observar cómo funcionaba de hecho una organización colectivista.

En la actualidad se habla poco de "planificación central", de "producción para el uso" ("production for use"), de la necesidad de una "dirección consciente" de los recursos sociales. Hoy se habla más de crisis urbana, que sólo puede encontrar solución, según se dice, en amplios programas públicos; o de crisis ambientales, producidas, según se asegura, por empresarios rapaces que deben ser obligados a hacer frente a sus responsabilidades sociales -lo que exige también complejos programas públicos- en vez de dejarles simplemente que gestionen sus empresas de forma que obtengan de ellas el máximo beneficio; o de crisis del consumidor, pervertido éste por el mismo empresario rapaz que sólo busca su propio beneficio, lo que hace que sean necesarios también programas que protejan al consumidor, incluso frente a sí mismo; o de crisis de la protección social -"pobreza en medio de la abundancia"- a pesar de que lo que ahora se describe como "pobreza" habría sido considerado como "abundancia" en la época en que tal eslogan fue utilizado por primera vez.

Ahora, como entonces, el fomento del colectivismo va acompañado de la defensa de los valores individuales. Se produce así una discordancia que la experiencia intervencionista no ha hecho más que intensificar. Se generaliza la protesta contra el "establishment". Hay unanimidad frente al conformismo. Se reclama libertad para que cada uno pueda hacer a su manera lo que uno quiere, para llevar el estilo de vida que cada uno prefiera, para la democracia participativa.

Ahora bien, como Hayek demostró tan persuasivamente, tales valores exigen una sociedad individualista. Sólo pueden conseguirse en un orden liberal en el que la actividad del Estado se limite primordialmente al establecimiento del marco en el que los individuos sean libres para ir tras sus propios objetivos. El mercado libre es el único mecanismo que se ha descubierto para alcanzar la democracia participativa.

Desgraciadamente, la relación entre fines y medios sigue siendo muy confusa. Muchos de los que defienden los objetivos más individualistas aceptan medios colectivistas sin darse cuenta de la contradicción en que incurren.

Es fácil pensar que los males sociales tienen su origen en las actividades de hombres malos, y que si los hombres buenos (como nosotros, naturalmente) ocuparan el poder todo iría bien. Esta posición es ingenua. Comprender por qué hombres "buenos" en posiciones de gobierno producirán el mal -mientras que el hombre ordinario sin mando, pero capaz de cooperar voluntariamente con sus vecinos, producirá el bien- exige análisis y reflexión, y requiere subordinar lo emotivo a lo racional...

El énfasis se ha trasladado ahora de la producción dirigida por el Estado a la regulación indirecta de empresas supuestamente privadas, y más aún a los programas de transferencias gubernamentales que suponen la percepción de impuestos de unos y el otorgamiento de subvenciones a otros, todo en nombre de la equidad y de la erradicación de la pobreza. Pero todo esto, en la práctica, no conduce más que a una mezcla errática y contradictoria de subvenciones a sectores o grupos privilegiados.

Como resultado de ello, la proporción de la renta nacional gastada por los gobiernos no ha dejado de aumentar.

Con todo, la experiencia de los últimos 25 años ha confirmado claramente la validez de la idea central de Hayek: que la coordinación de las actividades humanas a través de una dirección central y a través de la cooperación voluntaria constituyen caminos que llevan a direcciones muy diferentes: la primera, a la servidumbre; la segunda, a la libertad.

En 1994 existe un acuerdo generalizado de que el socialismo es un fracaso y el capitalismo un éxito. La caída del Muro de Berlín, el colapso del comunismo más allá del Telón de Acero y la evolución cambiante de China han reducido el número de defensores de un colectivismo de tipo marxista a unos pequeños grupos concentrados en las universidades occidentales. Sin embargo, esta aparente conversión de la comunidad intelectual a lo que podría llamarse el punto de vista de Hayek es engañosa.

En efecto, si bien se habla constantemente de mercados libres y de propiedad privada (ahora es más respetable que hace unas pocas décadas defender un completo *laissez-faire*), la mayor parte de la comunidad intelectual, casi automáticamente, se inclina a favor de la expansión del intervencionismo estatal ("government power") siempre que se presente como una manera de proteger a los individuos contra las perversas grandes compañías, de proteger el medio ambiente o de promover la "igualdad". La discusión de un programa nacional de protección de la salud en Norteamérica constituye un claro ejemplo de ello.

Los intelectuales pueden haber aprendido la letra, pero todavía no conocen la música.

Victorias japonesas en la guerra comercial con Estados Unidos.

(Reginald Dale, en "Herald Tribune")

Por fin se reciben buenas noticias de la guerra comercial que libran Estados Unidos y Japón: Japón gana. El presidente Clinton y sus asesores, en efecto, están abandonando posiciones en su destructiva política orientada a juzgarlo todo según los resultados ("results-oriented" policy), -eufemismo utilizado por los clintonianos para referirse al comercio dirigido, política que ha dado

lugar al peor enfrentamiento que se ha producido en el campo de las relaciones americano-japonesas en los últimos tiempos.

Al acercarse la nueva fecha prevista para la reanudación de las negociaciones, fijada por Washington para el final de este mes, las dos partes han acordado privadamente que ya es hora de desactivar su confrontación, tan perjudicial.

Después de más de un año en el que la táctica desafiante apenas le ha supuesto a Washington otra cosa que disgustos, el Tesoro norteamericano teme que un nuevo contratiempo podría provocar una caída del dólar y la aparición de una corriente vendedora en los mercados de acciones y de bonos de Estados Unidos.

Por su parte, también Japón está preocupado, en este caso por la nueva subida del yen. La industria japonesa se adapta bien a los últimos movimientos alcistas de la moneda, pero Tokio presiente que ni la industria ni la modesta recuperación económica del país soportarían una nueva apreciación del yen.

Pero es la sigilosa retirada norteamericana la que hace posible la tregua, en virtud de la cual Washington debilita cada día más sus exigencias sobre los objetivos específicos de una mayores importaciones japonesas.

La batalla no ha terminado aún. Los negociadores norteamericanos todavía pretenden obtener algún tipo de referencia que permita medir los progresos que se vayan realizando en la apertura del mercado japonés. Mientras tanto Tokio continúa resistiéndose.

Existe otra complicación. Por razones políticas, el abandono de posiciones por parte de Estados Unidos no debe ser demasiado evidente. Clinton, que debe hacer ya frente a las críticas que condenan sus titubeos y su falta de decisión, estima que no puede permitirse otro cambio súbito de su política en vísperas de las elecciones de Noviembre.

Y lo que es aún más importante, la administración USA cree, por lo que parece, que debe seguir mostrándose severa con Japón si ha de convencer al Congreso para que apruebe los resultados de la Ronda Uruguay, el próximo mes. Clinton desea convertir la ratificación de las conclusiones de las negociaciones comerciales multilaterales en un triunfo político importante, de la misma forma que lo hizo con la firma del Acuerdo de Libre Comercio para América del Norte, el año pasado.

Por consiguiente, Washington, con el consentimiento de los japoneses, puede aún considerar Japón como un objetivo prioritario sobre el que Estados Unidos pueda ejercer presión al amparo de la llamada provisión Super 301 de su ley comercial -aunque sólo sea para demostrar que no ha perdido del todo su virilidad-, ocurra lo que ocurra a últimos de este mes.

Sin embargo, cabe esperar que puedan conseguirse algunas concesiones -sobre la apertura del mercado de seguros y, tal vez, en materia de compras gubernamentales y de importaciones de accesorios de automóvil- de forma que sea posible evitar otro choque frontal.

No es sólo el temor de una crisis cambiaria lo que preocupa. Las autoridades norteamericanas empezaron a constatar la primavera pasada el error en que habían incurrido con sus maneras de

actuar, después de que las relaciones de Clinton con los líderes japoneses alcanzaran un nuevo mínimo y de que Japón dijera claramente "no" a las exigencias comerciales de Washington.

A causa de lo exagerado de tales peticiones, Japón, en un insólito cambio de posiciones, ha movilizado a su favor la opinión de Europa, del Canadá y del Sudeste asiático, aislando a Washington. Con ello ha quedado todavía más claro que la política de Clinton se ha basado en asunciones erróneas.

Muchos economistas señalan que los excedentes comerciales japoneses alcanzaron un techo este verano, y que el fuerte yen y la recuperación económica deberfan reducirlos todavía más. Por otra parte, en un estudio elaborado para el Fondo Monetario Internacional, Stephen Golub no encuentra razones económicas que justifiquen la opinión según la cual la balanza comercial de Japón deba ser controlada ("managed"). Es más, como ha indicado Gary Saxonhouse, de la Universidad de Michigan, se ha producido un gran incremento de la importación japonesa de productos de alta tecnología.

Mientras tanto, la industria norteamericana ha recuperado su competitividad, en especial la industria del automóvil, la cual ocupa un lugar destacado en la balanza comercial. Además, la política de los partidos japoneses es cada día más competitiva, lo que permite esperar que vaya siendo progresivamente mayor la influencia que en ellos ejerzan los consumidores y los reformadores.

En estas circunstancias, los estrategas comerciales de Clinton deberfan ofrecer, no sólo una tregua, sino una rendición incondicional.

La promoción de los estudios de economía en Rusia.

(John Lloyd, en "Financial Times" de 6 de Sept.)

El gobierno ruso conmovió ayer al mundo universitario post-soviético al anunciar la creación de varios establecimientos destinados a la enseñanza de la economía de mercado.

Y, lo que supuso una novedad todavía mayor, el gobierno dio cuenta de que los nuevos centros de investigación económica no congregarán a "varios centenares de personas", como ocurría en los viejos tiempos soviéticos, sino que serán modestos, constituidos por unos pocos expertos que estarán rodeados de un círculo de economistas asociados, "el estilo de Occidente".

Tal anuncio parece señalar el fin de un prolongado período en el que la enseñanza de la economía ha permanecido en un estado latente como consecuencia de la neutralización que se produjo como consecuencia de la persistencia oficial de la corriente de pensamiento económico dirigista, de base marxista-leninista, por una parte, y las nuevas corrientes aperturistas, por otra.

Al anunciar dicha decisión, Alexander Shokhin, viceprimer ministro y antiguo académico, dijo que, "desgraciadamente, ni siquiera la crisis financiera que ha afectado al mundo de la enseñanza en Rusia ha conseguido destruir las viejas concepciones académicas, lo que explica que los institutos de que disponemos sean monstruos con varios centenares de investigadores que consiguen fondos a base de tanto por investigador. Queremos que la Academia de Ciencias acabe con el viejo sistema".

Sin embargo, como dice el mismo Shokhin, la Academia no ha sabido hasta ahora ofrecer una respuesta adecuada, lo que ha obligado al ministerio de Economía, en colaboración con el Comité para la Educación Superior, a reorganizar la enseñanza de la economía alrededor de dos instituciones importantes: la Escuela Superior de Economía -creada hace dos años- y la Academia de Economía Contemporánea, independiente de aquélla, aunque muy afín.

La Escuela lleva ya algún tiempo dedicada a la formación de profesores de economía, y su intención es ampliar su campo de acción. La Academia -que piensa autofinanciarse- está concebida para impartir cursos pagados -de micro y macroeconomía y de contabilidad- para empresarios y para ejecutivos de mundo financiero.

Según Shokhin, Rusia debe poder ofrecer el mismo nivel de enseñanza de la economía que los otros grandes países, y ve en las nuevas instituciones -con sus correspondientes filiales regionales- los instrumentos que han de desplazar a los centros tradicionales y acabar con la arraigada aversión a las fuerzas del mercado. Vladimir Kirelov, ministro de Educación Superior, señala por su parte que "es importante que la gente sepa lo que ocurre en la economía rusa".

El padrino académico de la Escuela es el distinguido profesor Yevgeny Yasin, un nombre que ha ido ligado a la reforma económica desde que Mikhail Gorbachev intentó -y no consiguió- introducir una nueva vida en el comunismo decadente de los últimos años 80, pero que nunca se identificó del todo con ninguno de los grupos o programas cuyos sucesivos fracasos han ido sembrando de "cadáveres" intelectuales el camino de la reforma. Como ha hecho observar Shokhin -el único superviviente del primer gobierno ruso de 1991- él y el profesor Yasin habían hecho posible la constitución de un grupo de economistas reformadores en el seno del gobierno. "Pero como muchos de los que lo constituyeron han dejado de ocupar cargos importantes, el grupo se ha disuelto".

Es probable que Yasin ocupe el puesto de presidente de la nueva Academia, aunque la iniciativa del proyecto haya correspondido a Yaroslav Kuzminov, director de la Escuela Superior de Economía, quien durante dos años ha promovido con gran energía la reforma de la enseñanza de esa disciplina, que acaba de ser aprobada.

Según Yasin, "mucho de lo que se está escribiendo aquí sobre la reforma, así como sus efectos, por periodistas y publicistas, es puramente emocional. Pocos son los que tienen una noción correcta de cómo funciona una economía moderna. Lo que hemos descubierto en los años más recientes es que un economista puede estar muy bien formado en materia de economía marxista-leninista y no saber prácticamente nada de economía".

El mismo Yasin ha señalado que existe una gran necesidad de especialistas para los departamentos ministeriales que tienen alguna relación con la economía. "El plan que académicos

y profesores hemos puesto en marcha no es para nosotros ni para nuestra generación. Es para los estudiantes de hoy y de mañana".

El programa va a recibir una ayuda de la Unión Europea valorado en 5 millones de ecus, y estará conectado con la Universidad Erasmus de Amsterdam, la Universidad de París 1 y las universidades de Oxford y Cambridge.

Una parte de la ayuda de la UE se ha destinado a la adquisición de ejemplares del libro de texto "Economics", de David Begg, Rudi Dornbusch y Stanley Fisher. Tal obra ha sido calificada por Michael Emerson, embajador norteamericano en Moscú y distinguido economista, como "la mejor de su clase".

Rudi Dornbusch ha sido durante algún tiempo asesor de los gobiernos ruso y ucraniano. Stanley Fisher, por su parte, ocupa en la actualidad el puesto de primer director adjunto del Fondo Monetario Internacional. Una de sus principales tareas será la supervisión de la labor del Fondo en Rusia. Sin duda se sentirá satisfecho por la circunstancia de que los nuevos economistas rusos vayan a utilizar pronto su propio lenguaje.

POLVAREDA EN TORNO A LA EUROPA DE LAS DOS VELOCIDADES

El planteamiento dado a conocer a principios de Septiembre sobre el llamado núcleo europeo o Europa de las dos velocidades, elaborado por el grupo parlamentario de la CDU/CSU en el Bundestag alemán, ha dado lugar a fuertes reacciones en Alemania y fuera de Alemania y ha recibido la debida atención de la prensa en lengua alemana. Recogemos, primero, una síntesis de las referencias a dichas reacciones, en segundo lugar, un editorial del "*Süddeutsche Zeitung*" de Munich, después otro editorial del "*Frankfurter Allgemeine Zeitung*" y finalmente los pasajes más destacados del discutido documento reproducidos por este diario.

1. EL IMPACTO DEL DOCUMENTO EN DIVERSAS INSTANCIAS.

Los políticos alemanes y los gobiernos europeos han rechazado claramente las tesis del grupo parlamentario de la CDU/CSU relativas a la política europea. En el Ministerio español de Asuntos Exteriores se ha calificado de "políticamente inoportuna" la propuesta de un núcleo europeo formado por Francia, Alemania y los países del Benelux. Parece que el Presidente González piensa desplazarse todavía este mes de Septiembre a Bonn para hablar con Kohl de los planteamientos alemanes y franceses. El Jefe del Gobierno italiano ha obtenido ya del Canciller la garantía de que Alemania en modo alguno hará retroceder a Italia a la "segunda clase" de Europa. El Ministro francés de Exteriores Juppé se ha manifestado en favor de que Italia y España formen parte del "núcleo fuerte" en la Unión Europea ampliada. En la construcción europea -ha dicho- el Mediterráneo constituye una "dimensión importante".

La SPD quiere que Kohl se distancie de las ideas del grupo parlamentario e incluso "que inste al mismo a retirar un documento que ha dado lugar a tantos malentendidos, alarmas y preguntas llenas de temor desde el extranjero". No le basta que el Canciller no se identifique con la línea de su fracción. "Tiene que decir ante el Bundestag que ese no es el criterio del Gobierno". Para la Vicepresidenta del partido y especialista en política europea Wieczorek-Zeul la presidencia alemana en la Unión Europea ha caído en una apariencia dudosa. Es claro que los políticos de la Unión querían influir negativamente sobre los inminentes referendums a celebrar en Finlandia, Suecia y Noruega para sancionar la incorporación a la Unión Europea. Es obvio que no desean la incorporación de los escandinavos de tradición estatal social.

El presidente del grupo parlamentario Schauble ha declarado que asume la responsabilidad del documento y que éste no compromete ni a Kohl ni al Gobierno. En realidad -ha dicho- "hemos dado un impulso al desarrollo europeo. Ahora se vuelve a discutir".

En el Auswärtiges Amt se ha sabido que en la reciente conferencia de Berlín de los representantes de los miembros de la Unión Europea, de los estados que van a adherirse y de los países del Africa Meridional se han pedido explicaciones al Ministro alemán Kinkel por parte de los ministros de Bélgica, Luxemburgo y Finlandia sobre el papel y, en particular sobre si refleja de modo indirecto el punto de vista del Gobierno. Kinkel ha manifestado que los planteamientos del grupo parlamentario no tienen carácter oficial en lo que al Gobierno respecta.

El Presidente del Gobierno español parece viajará, como se ha dicho a Bonn para hablar con el Canciller alemán sobre las propuestas alemanas y francesas relativas al núcleo europeo y a la geometría variable en la unificación europea. Se cree que desde Bonn se ha informado a Madrid de que el conflictivo documento no coincide con la postura del Gobierno Federal.

2. EDITORIAL DEL "SÜDDEUTSCHE ZEITUNG".

El núcleo europeo, con segundas intenciones.

Winfried Münster.

En la dudas se instaurará el núcleo europeo propugnado por Wolfgang Schäuble. Los diputados de la Unión en el Parlamento Federal han recibido, es cierto, por sus "Reflexiones sobre la Política Europea" críticas de todos los rincones de la Unión Europea, incluso de Francia, siendo las más acerbas las de su socio de coalición, la FDP. Sin embargo, un análisis más minucioso pone de manifiesto que los gobiernos en funciones, tanto en París, como en Bonn, están de acuerdo y decididos.

Los políticos responsables de Francia, hasta llegar al Jefe del Estado François Mitterrand, han puesto en las últimas semanas a debate, en esta cuestión, exactamente lo mismo que los reprobados parlamentarios de la Coalición: buscan socios que estén dispuestos a aliarse para una defensa común y en una unión monetaria. Los franceses y los alemanes contemplan la "Europa de las diferentes velocidades" -una Europa cuyos estados miembros van desprendiéndose, dentro de la Comunidad de su soberanía nacional a un ritmo y en una medida diferentes- unánimemente como un problema que se asemeja a la cuadratura del círculo, a saber ¿cómo pueden seguir

consolidándose la cohesión interna y el poder de decisión de la Unión Europea si al mismo tiempo ésta tiene que ampliarse?

Lo que ha hecho distanciarse a los franceses del documento de Schäuble ha sido simplemente su falta de tacto al mencionar, ya por adelantado, para su núcleo europeo, a cinco estados miembros y, en cambio, excluir, de momento, a todos los demás. Esto es precisamente lo que ha exasperado a los otros. Una Europa de "geometría variable", de "círculos concéntricos" (alrededor de un núcleo compacto) o como pueda todavía denominarse, una Europa así, en cambio, no les asusta, porque desde hace ya más de veinte años es una realidad.

El viejo sueño de la Unión Monetaria es el que ha dado el impulso. En 1972, después de quebrarse el sistema universal de tipos de cambio fijos, nace la "serpiente monetaria" europea, una unión cambiaría en la que al final sólo quedaron los países de la CE con monedas fuertes. Seis años más tarde la Comunidad, prácticamente en bloque, se muda al apartamento de lujo del "Sistema Monetario Europeo" (SME). Pero, de nuevo, a algunos miembros les resulta demasiado caro seguir en él, porque es condición indispensable una sólida política financiera y monetaria.

En el Tratado de Maastricht los doce socios de la Comunidad no sólo dan finalmente su bendición oficial a la Europa monetaria, sino que también aceptan una condenable Europa "a la carte" en la que cada país de la Unión Europea es libre de elegir en qué campos de la política europea desea colaborar en Bruselas: Gran Bretaña se ha excluido de la "Carta comunitaria de los derechos sociales fundamentales de los trabajadores" y Dinamarca ha querido que se le confirmara, mediante un protocolo, que en ningún caso participaría ni permitiría que se la atara a una futura política de defensa.

De todas formas, Maastricht ha consagrado un derecho extraordinariamente importante que franceses y alemanes quieren negar a aquéllos que no pueden o no quieren pertenecer a su núcleo europeo: el núcleo se decide por todos, incluso por aquéllos que permanecen fuera, o no se forma. El Primer Ministro Major, por ejemplo, no tiene nada que objetar contra una Europa en la que hubiera varias clases, ni siquiera se opone a que su país quedara clasificado en la segunda clase. Sin embargo, reclama el derecho de veto contra la primera división.

En cambio, franceses y alemanes no estarían dispuestos a que en el momento decisivo Londres decidiera sobre el núcleo europeo. Y es que para ello es demasiado fuerte el interés de ambos. Alemania necesitará todavía de mucho apoyo cuando proliferen las demandas de sus vecinos del Este de Europa. Ciertamente una parte del peso se podrá descargar sobre la Unión Europea o incluso sobre los Estados Unidos. Pero la ayuda que verdaderamente cuenta sólo puede venir de Francia. Es la que llegará antes y seguramente sólo cuando ambos países vecinos hayan formado con credibilidad una comunidad de destino. El precio que Alemania deberá pagar por ello es la Unión Monetaria.

El problema con el que los alemanes se ven confrontados en el Este es el que Francia tiene en el Norte de África. Más allá ve en el núcleo europeo la primera etapa hacia la condición de potencia mundial europea cuya central de mando estaría previsiblemente en París. Además, los franceses buscan capital para satisfacer su ambición en los mercados de la alta tecnología. Por último, sería ingenuo no suponer que ambos, franceses y alemanes, tienen, además, segundas intenciones. Sus propias preocupaciones son mientras tanto tan importantes que ya no quieren

comprometerse por los pobres socios de la Unión Europea. El núcleo europeo ofrece la posibilidad de escabullirse un poco.

Pero entonces surge la amenaza del conflicto con el resto de la Unión Europea y cabe preguntarse si con un núcleo europeo no se introduciría en la Comunidad el germen de la discordia, es decir, si no surgirían "de facto" nuevas fronteras. El Canciller ha dicho que, sin embargo, su pauta es eliminar fronteras. Posiblemente todavía no ha terminado de meditar a fondo su Europa.

3. EDITORIAL DEL "FRANKFURTER ALLGEMEINE ZEITUNG".

La convergencia del Sur.

Wolfram Weimer

Españoles y portugueses se niegan naturalmente a ser europeos de segunda. De ahí las protestas contra el plan Schäuble. Las nuevas nociones difundidas por los alemanes sobre el núcleo europeo han resucitado viejos temores en el Sur. Igual que, a propósito de la ampliación de la Unión Europea con los países escandinavos y Austria, también ahora cunde la sospecha de que un club de ricos europeos del Norte quieran con la Unión Monetaria aislarse del resto. Ahora bien, han desaparecido la protesta airada contra el paternalismo de los estados nórdicos, la aprensión por la pedantería francesa, ese fastidio por el dictado del Banco Federal Alemán. En el camino hacia un Maastricht, Segundo Capítulo, prolifera el pragmatismo.

Hay varios motivos para ello. Por un lado, los ibéricos no creen que un número suficiente de estados pudiera cumplir en plazo previsible los criterios de convergencia de Maastricht. Y mucho menos de aquí a 1997. ¿Por qué preocuparse, pues, hoy por la Unión Monetaria? Por otra parte, las sustanciosas dádivas, por importe de miles de millones, procedentes de los cuernos de la abundancia de los fondos estructurales de Bruselas calman algún que otro complejo de inferioridad. En los próximos cinco años España recibirá u día tras otro unos 30 millones de DM en ayudas. Así se puede resistir también en el tren europeo de segunda velocidad, mientras ello no suponga una clasificación permanente.

El momento decisivo para el pragmatismo del Sur es naturalmente puro conocimiento de sí mismo. Justo en el momento en que se dan a conocer los planteamientos de Bonn sobre la Europa flexible de diferentes velocidades, España y Portugal se despiden de forma oficiosa del círculo de países que hasta 1997 quieren cumplir todos los criterios para la Unión Monetaria. Lo que casi simultánea y oficialmente se aprueba estos días en Madrid y Lisboa bajo el término clave de "plan de convergencia" se aproxima a una sensación. Sigilosa y silenciosamente renuncian los ibéricos a sus ambiciones, hasta hace poco proclamadas a todos los vientos, de estar a toda costa presentes en la primera ocupación de la casa monetaria común. Pueden decir lo que quieran, pero el plan de convergencia no tiene otra lectura.

En realidad, los españoles y los portugueses han aceptado ya, por lo menos en lo que se refiere a la Unión Monetaria, la Europa de distintas velocidades o de geometría variable ahora en discusión. La bruma diplomática se disipa, pues, por si misma por los imperativos del plan de

Maastricht al hacer éste exactamente perceptible para todos los países miembros de la Unión Europea la Comunidad de dos clases, digan lo que digan los países económicamente más débiles en declaraciones oficiales sobre la idea de las distintas velocidades, de la teoría del núcleo o de la noción de una geometría variable.

Naturalmente que el descubrimiento de la segunda velocidad tiene también para el Sur sus atractivos. Crea márgenes de maniobra para la actuación en el campo de la política económica de acuerdo con los propios conceptos. Así España, en lugar de comprimir lo más rápidamente posible el endeudamiento del Estado por debajo de la cota de Maastricht del 60% del Producto Social Bruto, prefiere ahora conceder a sus empresas exoneraciones fiscales vencidas hace tiempo. El Gobierno español considera más importantes para los años próximos el crecimiento económico y la creación de puestos de trabajo que la experiencia comunitaria del cumplimiento de los criterios presupuestarios. De esta forma la susidiariedad adquiere de pronto prioridad con la tan vituperada Europa de las dos velocidades. Con una tasa de desempleo de aproximadamente el 20%, esto tiene sentido. Porque el Ministro de Economía Pedro Solbes vende en su propio país el plan de convergencia con la consigna de que se van a crear con ello un millón de puestos de trabajo.

La reflexión acerca de la propia velocidad no significa naturalmente que España y Portugal quieran desplazarse hacia la vía muerta europea. Europa sigue siendo el gran objetivo. Claro que ya sin el ímpetu febril de los años ochenta, sino con una conciencia más fría, meditada y moderada. España había creído todavía hace dos años, con el primer plan de convergencia, que antes de 1997 se podrían superar sin dificultades los obstáculos para clasificarse. Ahora el Gobierno de González tiene que reconocer que fue demasiado optimista. Durante la recesión ha sido sobre todo el endeudamiento del Estado el que ha aumentado claramente, en concreto, desde el 53% al 64% del Producto Social Bruto. Pero también la tasa de inflación está, con casi el 5%, todavía por encima de la media de la Unión Europea. La experiencia del primer plan de convergencia permite a los políticos de Madrid enfrentarse de forma más precisa con la verdad y concluir que el país todavía no está maduro para la Unión Monetaria.

Después de décadas de aislamiento, del paso a la democracia y finalmente de la eufórica entrada en Europa se generaliza ahora en España el desencanto. El sazonado conocimiento de sí mismo es al tiempo un primer paso hacia la recuperación. La lucha contra la inflación no es ya una virtud optativa secundaria, sino un objetivo tomado en serio. La política monetaria de los bancos de emisión de España y Portugal se fundamenta en criterios de política de estabilidad. Casi a diario publican los medios de comunicación listas con el "ranking" reflejando los éxitos en materia de estabilidad en la Unión Europea. Hay deseos de dejar de figurar de una vez por todas en los puestos últimos de la relación.

Las reacciones que ha habido en España y Portugal al ejercicio mental de los alemanes sobre Europa pueden contener una enseñanza, la de que, contra la idea de una geometría variable, pueden plantearse objeciones por parte de aquellos países a los que en estos ejercicios se envía a la segunda división. Si se trata de formas concretas de integración -por ejemplo, de la Unión Monetaria- entonces se someterá a consideración en las capitales si verdaderamente sería tan malo sustraerse por algún tiempo a esta o a aquella obligación, por ejemplo, en la política presupuestaria.

4. EL DOCUMENTO DEL GRUPO PARLAMENTARIO DE LA CDU/CSU.

Los que siguen son los párrafos fundamentales de este texto, que abarca diecisiete páginas, tal y como lo reproduce el *"Frankfurter Allgemeine Zeitung"*.

* * *

"El desarrollo institucional ulterior de la UE a través de la conferencia gubernamental de 1996 debe basarse en los siguientes principios:

El objetivo ha de ser el fortalecimiento de la capacidad de movimientos de la UE y su estructuración democrática y federal.

A tal efecto, es necesario responder a la cuestión constitucional básica -¿quién hace qué?- en un documento de apariencia constitucional que en un lenguaje claro delimite las competencias de la UE, de los estados nacionales y de las regiones y defina los fundamentos ideales de la Unión.

Este documento deberá orientarse por el modelo de una organización federal del estado y por el principio de subsidiariedad (...).

Tienen que reformarse todas las instituciones existentes, el Consejo, la Comisión, la Presidencia y el Parlamento Europeo (...). Las reformas se deberán basar en nociones de nueva ponderación de las instituciones, según las cuales el Parlamento Europeo se vaya desarrollando paulatinamente para convertirse en un legislador en pie de igualdad con el Consejo, según las cuales el Consejo asuma -junto a otros cometidos, sobre todo en el ámbito intergubernamental- funciones de una segunda cámara y la Comisión, rasgos de gobierno europeo.

Junto al aumento de eficacia, la democratización debe recibir reconocimiento como principio rector de todas las reformas (...) Aplicada al Consejo, la democratización significa el mejor equilibrio entre el principio de equivalencia fundamental de todos los países miembros, por un lado, y el de la proporcionalidad entre la ponderación de los votos y la cifra de población, por otro.

El desarrollo institucional ulterior debe combinar coherencia y consistencia con elasticidad y flexibilidad.

Las instituciones de la Unión deben desarrollarse de forma que sean lo suficientemente flexibles para compensar las tensiones naturales en una Comunidad que abarca desde el Cabo Norte hasta Gibraltar, lo suficientemente diferenciadas para tener en cuenta la distinta capacidad (y voluntad) de integración y, por otro lado, lo suficientemente sólidas para fortalecer la capacidad de actuación de la Unión frente a desafíos excepcionalmente importantes.

A estos efectos debería sancionarse e institucionalizarse lo más posible por el Tratado de la Unión o por el nuevo documento de apariencia constitucional el método de la 'geometría variable' o de las 'varias velocidades', ya que en otro caso el método quedaría limitado a la cooperación

intergubernamental y podría promover tendencias de una 'Europe a la carte'. En este contexto se debe tener en cuenta también la cuestión de si el principio de unanimidad del artº N del Tratado de Maastricht se sustituye, para modificaciones del Tratado, por un quorum todavía a determinar de forma más precisa. Lo decisivo es que los países, que en su cooperación y en la integración quieran y estén en disposición de avanzar más que otros, no puedan ser bloqueados por los derechos de veto de otros miembros.

La elaboración de un método flexible de integración, -tal y como está ya previsto para la Unión Monetaria en el Tratado de Maastricht y con el Acuerdo de Schengen se practica ya fuera del Tratado- parece tanto más necesaria cuanto que, a propósito de las negociaciones de adhesión de los países de la EFTA, las dificultades de un desarrollo institucional ulterior en el sentido descrito son extraordinariamente grandes desde luego con todos los actuales miembros de la Unión y probablemente no serán menores con los futuros miembros (...)

Por ello, junto al aumento de la eficacia del procedimiento de decisión y de la democratización de la formación de la voluntad de la Unión, debe seguir consolidándose el núcleo consistente de los países orientados hacia la integración y con voluntad de cooperación. A él pertenecen en estos momentos cinco a seis países. El núcleo no puede ser cerrado, debe, en cambio, estar abierto para cada miembro que quiera y esté en disposición de responder a sus exigencias.

El núcleo fuerte tiene como misión oponer a las fuerzas centrífugas de una Unión, que va aumentando de tamaño, un centro sólido para así evitar el distanciamiento progresivo entre un grupo sudoccidental propenso al proteccionismo, en cierto modo dirigido por Francia, y otro grupo nororiental más bien inclinado al comercio internacional libre, capitaneado en alguna medida por Alemania.

A este fin, los países del núcleo fuerte no sólo deben participar naturalmente en todos los ámbitos de la política sino, más allá de esto, actuar conjuntamente, con una orientación claramente más comunitaria que otros y presentar iniciativas colectivas para contribuir al desarrollo ulterior de la Unión. Por esta razón, Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos deberían estar más presentes en la cooperación franco-alemana, cuanto más que teniendo en cuenta que los Países Bajos han revisado su antigua actitud de escepticismo con respecto a la imprescindible función de motores que tienen estos dos países. La cooperación del núcleo de países debería extenderse sobre todo a los nuevos campos de la política que con el Tratado de Maastricht se han añadido al de Roma.

También en el ámbito monetario existe ya el sólido asentamiento del núcleo fuerte de los Cinco. Son los que antes responden (juntamente con Dinamarca e Irlanda) a los criterios de convergencia del Tratado de Maastricht. La importancia de esto deriva de que la Unión Monetaria constituye el núcleo consistente de la Unión Política (y no, como se entiende a menudo en Alemania, un elemento adicional de integración que figura junto a la Unión Política). La Unión Monetaria dentro del marco previsto, probablemente existirá -en correspondencia con la alternativa contenida en el Tratado de Maastricht- de momento sólo en un círculo reducido y, en un círculo reducido, sólo se dará cuando el núcleo fuerte de los Cinco prepare esta Unión sistemáticamente y con decisión. (...)

El grupo del núcleo europeo tiene por principio que acreditar ante todos los miembros de la UE -sobre todo ante el miembro fundador Italia, pero también ante España y naturalmente ante

Gran Bretaña- su disposición absoluta a incluirlos en él tan pronto hayan resuelto determinados problemas y en la medida en que su disposición sirva para comprometerse en el sentido descrito. La formación de un núcleo europeo no es un fin en sí mismo sino un medio para hacer compatibles entre sí objetivos en realidad contrapuestos, como son la profundización y la ampliación. (...)

El núcleo del núcleo fuerte lo constituyen Alemania y Francia. Han sido desde el comienzo del proceso europeo de unificación su motor. Su relación especial se encuentra sometida a prueba porque las antes citadas diferenciaciones de intereses y de planteamientos y, con ello, las causas de una tendencia al desarrollo divergente se hacen también patentes justamente en su relación mutua. En Francia existen temores de que la ampliación por el Norte (y con más razón la ampliación con Austria) y más tarde la ampliación por el Este conduzcan a un conglomerado inconsistente en el que Alemania podría experimentar un crecimiento de poder decisivo y asumir así la posición central. Por eso tiene tanta importancia para Francia la cuestión de la -previa- ampliación.

Después de la reunificación de Alemania y -lo que es más importante en este contexto- después de haberse recuperado el Este como espacio de actuación para la política exterior alemana y siendo el campo de maniobra para Alemania el mismo que para sus socios occidentales, se plantea la vieja cuestión de la incorporación del poder de Alemania a la estructura europea con arreglo a la importancia que le corresponde.

Precisamente para las relaciones germano-francesas es necesario calificar claramente esta problemática a fin de evitar malentendidos y recelos.

La respuesta debe consistir, de momento, en la advertencia, también importante para Alemania, de que para los vecinos del Este (igual que asimismo ya para los países de la EFTA) la voluntad de adhesión a la UE descansa, en medida no despreciable, en el deseo de evitar una dependencia demasiado grande con respecto a Alemania. Pero esto sólo se puede conseguir en una Comunidad que sea más que una zona de librecambio.

Naturalmente que es decisivo que Alemania demuestre con su política que sigue invariablemente, y precisamente ahora, fiel al objetivo de una Europa fuerte, operativa e integrada. (...) Esta prueba debe contenerse en propuestas que deben impulsar el desarrollo posterior institucional y político de la Unión antes de que se llegue a una nueva ampliación -pero estas propuestas también deben tener lugar con vistas a la futura ampliación. (...)

Las propuestas para la formación de un núcleo europeo y para la intensificación de la cooperación franco-alemana no suponen que se abandone la esperanza de que Gran Bretaña asuma su papel en el 'corazón de Europa' y, con ello, en su núcleo. Están más bien dictadas por el convencimiento de que el decidido desarrollo ulterior de Europa es el mejor camino para influir positivamente en el proceso de clarificación de la relación entre Gran Bretaña y Europa y en su voluntad para participar en futuros pasos hacia la integración.

La incorporación de Polonia, de las Repúblicas Checa y Eslovaca, de Hungría (y Eslovenia) a la UE debe tener lugar -con respecto a las medidas aquí propuestas, es decir dependiendo de su realización, pero también como su objetivo- en torno al año 2000.

Ya la perspectiva cierta de ser miembro de una UE y, con más razón, sin embargo, la adhesión, son con mucho más adecuadas para promover el desarrollo económico de estos países de lo que podría serlo cualquier ayuda desde fuera (...)

ULTIMAS NOTICIAS SOBRE LA RECUPERACION ALEMANA

En las secciones económicas de la prensa en lengua alemana -en particular, como es obvio, en la de Alemania- han venido sucediéndose en las últimas semanas del verano informaciones y comentarios dedicados a los datos recientes relativos a la coyuntura económica en este país y a su, al parecer, indiscutible recuperación. Para evitar abrumar al lector con un farrago de textos, le ofrecemos sólo, convenientemente extractados, los últimos informes contenidos en las fuentes de más relieve.

La exportación, motor de la recuperación.

En los ciclos coyunturales de las pasadas décadas han sido las inversiones en equipos y la exportación las que, después de una recesión, han impulsado en Alemania la marcha ascendente de la economía. En esta ocasión sucede lo mismo.

La mejoría de las exportaciones se ha puesto ya de manifiesto a finales de año. Concretamente en el otoño de 1993 se registra una tendencia ascendente. El alza en las entradas de pedidos data incluso de comienzos de dicho año. Se cifra, en el primer semestre de 1994, en un 13%. Una consecuencia de esto es el incremento de los suministros ya que la exportación de los cinco primeros meses del año en curso ha sido, en términos reales, un 10% más elevada que en el mismo período del año anterior. En este lapso de tiempo se duplica el excedente de la balanza comercial, que pasa a ser de 29.000 millones de DM.

De acuerdo con la encuesta realizada entre las cámaras alemanas en el extranjero por el Consejo de Cámaras de Industria y Comercio alemán, en 1994 las empresas alemanas tienen buenas posibilidades de mejorar su posición competitiva en los mercados mundiales. Por otra parte, el "test" sobre la coyuntura del Instituto IFO señala que se ha reforzado la reanimación de la economía mundial desde comienzos del año. Después de la expansión que se mantiene desde hace tiempo en los Estados Unidos, se registra ahora, también en la Europa Occidental, una clara mejoría de la coyuntura. Se califica de dinámico el desarrollo que está teniendo lugar en Latinoamérica y en el Pacífico asiático. Las expectativas también son buenas en Japón.

En cuanto a Estados Unidos, parece que, por primera vez desde hace veinte años, la recuperación no tiene como base el consumo, sino las inversiones. Para la Unión Europea la Oficina Estadística Eurostat ha detectado signos alentadores en lo que se refiere a la evolución de la producción industrial.

En conclusión, son buenas las posibilidades de que la exportación vuelva a crecer con fuerza en Alemania en el presente año. Las estimaciones giran en torno a un incremento real entre el 5%

y el 8%. Después de una reestructuración que ha ido acompañada por el éxito, se espera que incluso haya más oportunidades también para las empresas del Este de Alemania.

El mensaje del ministro federal alemán de economía.

Poco antes de terminar Agosto, el Ministro alemán de Economía Rexrodt se ha manifestado sobre la situación de la coyuntura más o menos en los siguientes términos.

Este año la economía progresará, en el conjunto de Alemania, en torno a un 2%, hasta un 2,5%. Esto es un punto porcentual más de lo que se había pronosticado en el Informe Económico Anual en Enero y significa que la economía se encuentra claramente en expansión. Igualmente podría mejorar la previsión para el año próximo, que se había situado en el 2,5%, y ello siempre que siga evolucionando positivamente el entorno económico global en Europa y en los países de más allá del Atlántico. También es favorable la tendencia de la inflación. En el Oeste del país ha caído ya por debajo del 3% y en el Este no está muy lejos de esa tasa.

Los efectos sobre el desempleo van siendo patentes. En 1994 habrá en todo el territorio 3,7 millones de parados. Esto es mucho, pero menos que el pronóstico de 4,5 millones de la primavera. El año que viene habrá un descenso generalizado. Para seguir impulsando la expansión la política económica debe concentrarse en el mercado de trabajo. Tampoco hay que olvidar las medidas de carácter fiscal.

Las favorables expectativas se confirmarán aun a pesar de las incertidumbres que derivarán de la subida de los tipos de interés del mercado de capitales en todo el mundo y de la debilidad del tipo de cambio del dólar. Y ello por las favorables expectativas que reinan en el ámbito empresarial, por la mejoría del entorno económico y de las condiciones marco -debe citarse aquí la feliz conclusión de la Ronda del GATT- y por la racionalidad que prevalece en las negociaciones para la conclusión de convenios salariales.

Hay que destacar que la expansión alcanza también a los estados federados del Este. Allí la construcción ha registrado en Abril y Mayo un 30% más de pedidos que un año antes y la industria transformadora, un 14,5%. Si a principios del año se esperaba un crecimiento del PIB del 6% al 8%, ahora hay que contar con un incremento del 10%.

Para la prensa, en sus comentarios, las manifestaciones del Ministro son justificadamente optimistas. Sin embargo -se señala- no hay tampoco motivo para una euforia desbordada, dado que últimamente sólo han mejorado marginalmente los supuestos para un crecimiento vigoroso con efectos positivos sobre el empleo. La coyuntura interior está todavía alimentada, sobre todo, por la demanda exterior en algunos sectores y la demanda interior, tanto en el campo de los bienes de inversión, como en el de los de consumo, deja mucho que desear aún. No es probable que cambien demasiado las cosas en este punto, por lo que el grado de utilización de capacidades productivas tardará aún en acercarse a aquel nivel en el que los empresarios empiezan a pensar en nuevos puestos de trabajo. Esto lo sabe Rexrodt y es por ello que, por precaución, limita su optimismo, en materia de empleo, al año 1995.

El informe de la OCDE sobre la economía alemana.

Destacamos los extremos principales del informe correspondiente al año en curso presentado por la OCDE sobre Alemania.

La economía sigue avanzando en sentido ascendente. Aunque es justo reconocer los esfuerzos realizados por el Gobierno Federal en favor de la estabilidad, quedan muchas tareas pendientes en el campo de la desregulación y de la flexibilización.

El PIB crecerá este año seguramente un 1,8% y en 1995, un 2,6%. La tasa de inflación seguirá descendiendo y a mediados del año próximo será previsiblemente de menos del 2%. Los impulsos que recibe la coyuntura provienen, en particular, de las exportaciones y de la demanda industrial, pero menos del consumo interior.

El crecimiento que se está registrando no tendrá efectos inmediatos sobre el persistentemente elevado desempleo. La tasa de paro para toda Alemania se mantendrá este año y el siguiente en torno al 10%. En la parte occidental de Alemania debe estar alrededor del 8,4% y en los estados federados del Este, cerca del 16,8%. El año que viene se incrementará ligeramente hasta llegar al 16,9%. El punto de inflexión se alcanzará a comienzos de 1995 con 3,8 millones de parados.

El elevado desempleo es una amenaza para el desarrollo de la demanda de consumo. La tasa de ahorro para toda Alemania seguirá retrocediendo desde un 11,3% este año hasta un 11,1% en 1995. A principios de los noventa esta tasa era, para la Alemania Occidental, del 14%.

Podrían constituir un peligro para la exportación, aunque ello tampoco es muy probable, los tipos de interés en crecimiento a nivel internacional. Más bien sucede que en Alemania, debido al esperado retroceso de la inflación y a la debilidad del consumo, hay un cierto margen para reducirlos más todavía.

Informe mensual sobre la Coyuntura del "*Frankfurter Allgemeine Zeitung*".

Ni los escépticos discuten ya en Alemania que haya expansión. La demanda de bienes de inversión y el consumo privado, la producción y el grado de utilización de las capacidades productivas evolucionan a un ritmo satisfactorio. El clima es, en general, optimista y el Ministro de Economía ha retocado al alza -al 2,5%- el pronóstico de crecimiento para 1994. En Enero se hablaba para toda Alemania del 1,5%. El año que viene, según el Ministro, las cosas todavía pueden ir mejor.

También en el Este de Alemania la marcha de la economía es más favorable de lo que se esperaba. El PIB aumentará en un 8% a 10%, según Rexrodt. Ya a finales de Julio el Presidente del Comité de Expertos había hablado de posibilidades de una larga expansión en el conjunto de Alemania, una expansión que podría prolongarse hasta el final de la década.

En cambio, el Instituto IFO de Munich es algo más cauto. La economía no crecerá este año más de un 2%. También es menos optimista que el Ministro el Instituto Alemán de Investigación Económica de Berlín. Su previsión para el Occidente de Alemania es de estancamiento a nivel alto; ahora bien la expansión en el Este persistirá. Ya en el informe de primavera de los seis

institutos de investigación económica el Instituto de Berlín había adoptado un punto de vista mucho más escéptico que los demás, si bien ha tenido que revisarlo después.

A pesar de todos los síntomas favorables, muchos no quieren creer que han quedado atrás los tiempos de la recesión. La Federación de Sindicatos habla de triunfalismo y de que el crecimiento se debe sólo a la demanda de exportación.

Lo cierto es que no todos los datos permiten concluir que hay expansión. La situación en el mercado laboral es desoladora y no mejorará tan rápidamente. La debilidad de la demanda y el grado, en descenso, de la utilización de capacidades ha obligado a las empresas a reajustes de plantilla que han llevado finalmente al zócalo de desempleo que ya no desaparece ni en el punto culminante de la coyuntura. De todas formas, el mercado laboral también se beneficiará de la recuperación, aunque con un retraso de unos tres trimestres. Según los institutos, la situación del mercado de trabajo empezará a mejorar en la segunda mitad del año.

En distinto grado han participado los sectores de la mejoría. El de la construcción de maquinaria informa de que en Junio ha conseguido un 26% más de pedidos. La industria del automóvil produce más, en comparación con el muy bajo nivel del año pasado, aunque en este sector no ha continuado la situación de pedidos de la primavera. En la industria química del Oeste del país las ventas se incrementan a un ritmo mayor. En cambio, en la industria eléctrica no se espera una reanimación importante hasta el año que viene. En la industria textil y de la confección han seguido cayendo la producción y el empleo y este año los resultados serán probablemente peores.

En junio la cartera de pedidos ha mejorado sustancialmente. En la industria transformadora del Oeste las entradas de pedidos aumentan un 2% en un mes globalmente, (un 3,5%, las del extranjero y un 1,5%, las del interior). Mediado este año, la industria alemana ha recibido, en total, un 8,7% más de pedidos que en Junio de 1993. También ha seguido subiendo la producción industrial alemana occidental. En el Este, el nivel de producción en Mayo es casi el 20% más elevado que doce meses antes. Según el "test" coyuntural del Instituto IFO, las empresas industriales dan cuenta de un grado de utilización de capacidades más alto y que a mediados de año era del 82%.

Informe mensual sobre la coyuntura del "Suddeutsche Zeitung".

El balance de medio año de evolución de la economía alemana puede exhibirse sin duda a todos los vientos. Ha superado las expectativas de casi todos los que han hecho pronósticos sobre la coyuntura y ante la previsible persistencia de la tendencia al alza en el otoño promete alcanzar un resultado anual que hará desaparecer las huellas de la recesión. En los primeros seis meses el PIB se ha incrementado, en términos reales, en un 2,8%. La contribución por debajo de la media del antiguo territorio federal ha sido del 2,2%, mientras que los nuevos estados federados han aportado el 8,9%, debiéndose tener en este caso en cuenta la base más baja. Por muy vistosas que sean estas cifras, la expansión deja todavía mucho que desear en su estructura.

Resultan claras las luces y las sombras de esta evolución a lo largo de la primera mitad del año si se examinan más detenidamente los distintos agregados. Como motores del crecimiento han destacado claramente la exportación y la construcción. La primera ha avanzado un 5,3%, en comparación con el mismo período del año anterior. Con ello, se confirma que la República

Federal se está beneficiando de la coyuntura en fase más avanzada de crecimiento de otros países de Europa y de Ultramar. La economía de la construcción ha podido progresar en términos reales, un 8,1%, lo que se ha debido ante todo a la construcción de viviendas. En cuanto a las demás magnitudes clave, el consumo privado ha aumentado en un 1,8%, el consumo público, en un 0,2%, lo que prácticamente supone estancamiento, y, en cambio, las inversiones en equipos han disminuido en el 2,6%.

Por lo que se refiere a la estructura de la evolución económica en este período, es evidente que, por el momento, se trata todavía de una expansión tambaleante. Ciertamente que, mientras tanto, es suficiente que la economía de la construcción y la exportación sean los motores de la coyuntura, pero ello no basta para un crecimiento sostenido. Son sobre todo la actividad inversora interior, pero también el consumo privado los que tienen que avanzar. Sin embargo, no es en el futuro inmediato ocurra sin más en ambos sectores. En el caso de las inversiones en equipos, actúa de freno el que, aunque la carga de las empresas haga progresos -según el Instituto IFO era en Junio del 82,3% en promedio- se esté todavía por debajo del umbral más allá del cual las empresas deberían ampliar ya ineludiblemente sus capacidades. A su vez, el crecimiento del consumo privado registrado en el primer semestre ha sido financiado, prácticamente en su totalidad, a costa del ahorro. En este terreno tampoco es fácil que haya un crecimiento sustancial.

Lo que no encaja en el panorama de la coyuntura interior descrito es el aumento de los tipos de interés. En el mercado de capitales, los a largo plazo se han incrementado en más de dos puntos porcentuales desde el mínimo que habían registrado hacia finales de 1993. Si bien los intereses no juegan necesariamente un papel dominante en el cálculo de inversiones, no dejan, sin embargo, de ser una magnitud importante. Pero esto significa que es manifiestamente delicado que una economía se vea confrontada, nada más iniciarse sus esfuerzos en pro de la recuperación, con tipos de interés que, en realidad, se ajustarían más bien a la fase de alta coyuntura en la que se trata de combatir prematuramente los fenómenos de recalentamiento.

Todo esto lo sabe el Banco Federal, pero en la situación actual tiene las manos atadas. Los mercados de capitales europeos, y con ello también el mercado alemán, van a merced de Wall Street donde cada información mensual sobre parados o pedidos en la industria alimenta temores inflacionistas y provoca nuevas olas de tipos de interés. La esperanza puesta de manifiesto hace todavía poco de poderse desvincular de los acontecimientos en los Estados Unidos ha resultado ser ilusoria. Por ello, el Banco Federal, que de todas formas lo único sobre lo que puede influir de forma directa es el tipo de interés a corto plazo, ha de contemplar impotente cómo salta de cima en cima, dificultando enormemente la reanimación de la coyuntura interior.

Pero esto sería deseable, porque los efectos sobre el mercado laboral de la expansión que ha tenido lugar hasta el momento son bastante poco satisfactorios. Se dice, en definitiva, que la cifra de parados ha disminuido en Agosto con respecto a Julio en unas 70.000 personas, pasando a 3,63 millones (2,53, en el Oeste y 1,10, en el Este), pero que está todavía sustancialmente por encima del nivel del año pasado.